

Los cuerpos del verano

Martín Felipe
Castagnet

LiteraRutas
Contemporáneas


PESOPLUMA

LOS CUERPOS DEL VERANO

MARTÍN FELIPE CASTAGNET

Prólogo de
Enrique Prochazka

Los cuerpos del verano

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Reservados todos los derechos de esta edición para Perú.

© Martín Felipe Castagnet, 2012

© Pesopluma, 2020

1ª edición impresa: octubre 2018

1ª edición electrónica: febrero 2020

Serie LiteraRutas Contemporáneas

Arte de portada y diagramación de interiores: Jonathan Hart

Conversión electrónica: Pintax.com

ISBN: 978-612-4416-12-5

Editado por Pesopluma S.A.C.

Parque Francisco Graña 168, Magdalena del Mar, Lima - Perú

www.pesopluma.net | contacto@pesopluma.net

A Soledad Pereyra.

A Juan Terranova

No hay cielo ni vida después de la muerte para las computadoras obsoletas; ese es un cuento de hadas para la gente que le teme a la oscuridad.

Stephen Hawking

Quemar al caballo

Los estadísticos afirman que hacia 2020, por primera vez en la historia humana, habrá más gente mayor de 65 años que menor de cinco. Será un efecto de las mejoras en la salud pública y en las tecnologías de la longevidad. Desde 1990 —si uno se deja llevar por los titulares, como hacemos todos— la muerte está dejando de ser un problema metafísico para convertirse en un reto técnico.

La prolongación artificial de la vida siempre parece estar a la vuelta de la esquina. Prominentes científicos[1] han intentado hacer durar más los cuerpos, mientras que inventores, tecnólogos y visionarios se han ocupado de las posibilidades del *upload*[2], la subida «a soporte máquina» de una mente humana. O de su combinación, como en los *quemados* (en el sentido de quien *quema* un CD) de *Los cuerpos del verano* (2012), novela del argentino Martín Felipe Castagnet, que aquí reedita Pesopluma.

Desde su distante origen en el mito, la literatura siempre ha estado cargada de fantasía. No es raro que una humanidad que entendía poco lo que pasaba a su alrededor se inclinara al chismorreo de explicaciones plausibles, a cual más fantástica[3]. Tampoco extraña ver que todo género literario se maneje según (o desde) una *retórica de lo irreal* que le resulta característica —si bien no siempre exclusiva—. La novela de Castagnet, argüíblemente, ejerce una retórica específica: al hacerlo se inscribe en el género de la ciencia ficción. Su historia nos habla sobre la prolongación artificial de la vida humana en cadáveres que se compran y *queman* con una nueva identidad; y, si bien aborda apenas los aspectos técnicos de esas transferencias, sí se extiende en los factores sociales (ciencia ficción «blanda», que le dicen). Es corta, aguda y, aunque parte de una premisa sencilla, las vueltas de tuerca finales la complejizan al grado de suscitar interpretaciones enfrentadas y succulentas. Me propongo en estas páginas menos aclarar estas

características

—o dotarlas de un contexto histórico— que exacerbar las posibilidades de la perplejidad educada que me suscita su lectura, empezando por discutir si acaso esto es ciencia ficción o no.

Pero ¡esto no es ciencia ficción!

El crítico y autor peruano Daniel Salvo ha protestado que la crítica se resista a calificar de ciencia ficción a obras que tocan temas como la inteligencia artificial o el futuro posible, y que surjan «especialistas en demostrar que dichas obras pueden ser cualquier cosa, relacionarse con cualquier género, admitir cualquier influencia, menos ser ciencia ficción». Creo que esos especialistas que denuncia Salvo están del mismo lado que aquellos que prefieren no ver una solución de continuidad entre la muy antigua tradición literaria de ficción imaginativa y la ciencia ficción. En otras palabras, que la historia del género empieza con la *Odisea* o, ya que estamos en eso, con la *Liturgia de Nintud*. Así, la *Historia verdadera* de Luciano de Samosata no solo sería el hito (que es) en la historia de la filosofía especulativa (¡y de la sátira!), sino pura y dura ciencia ficción.

No es así. Si cabe señalar una diferencia entre la ciencia ficción y la literatura tradicional, incluso la fantástica, es que la ciencia ficción permite a sus personajes echar a andar en direcciones diferentes a las determinadas por Dioses, Magias o Destinos. Es verdad que los personajes no siempre toman esas oportunidades, pero las tienen, las fabrican, las hacen ostensibles. También es característica del género cierto repertorio de temas —lo sugiere Salvo—, pero con un añadido: la ciencia ficción es como una espiral creciente. Cada tema nuevo expande su ámbito, en la siguiente vuelta se convierte en un tópico usual, y en la subsiguiente es casi normativo, mientras que temas inéditos son sucesivamente absorbidos desde la periferia. Esta figura, animada por la *retórica de*

lo irreal, representa el parámetro formal dentro del cual juega la imaginación del autor. Armado de respeto y talento, Castagnet ha aprovechado esta fricción a su favor.

¿Por qué «respeto»? La ciencia ficción se escribe en una suerte de código, que a su vez se conoce y domina poco a poco, primero mediante la lectura y con la imitación como paso siguiente. Entre los autores favorecidos por las musas eléctricas, el acceso a dicho código suele estar dado por la inmersión en lo que se conoce como «el megatexto». Este fue originalmente *escrito* y relativamente sofisticado, y luego más cinematográfico, superficial y ágil. Piénsese en los mundos narrativo/icónicos, cada vez más traslapados, de *Star Trek*, *Star Wars*, el universo Marvel y el de DC Comics; o en las series fílmicas *Terminator*, *Transformers* y *X-Men*. Se trata de megatextos, aunque degradados respecto del viejo y respetable universo de la ciencia ficción clásica y sus tópicos primordiales: la nave espacial, los extraterrestres, los viajes en el tiempo, los planetas misteriosos, las escalas extraordinarias de lo grande y lo pequeño. Para que un relato de ciencia ficción sea efectivo no basta que invoque estos varios elementos, sino que tiene que hacerlo inmerso en el megatexto, mirando su tratamiento y desarrollo en el pasado del género.

Y aun así, a pesar de los linderos arbitrarios o imaginados, cada vez es más difícil reconocer la ciencia ficción o discernirla de lo que no lo es. El mismo Castagnet afirma —no en esta novela—: «cada vez se publica más ciencia ficción pero sin mencionar el género». En la complejidad posmoderna abundan tanto los préstamos como los guiños entre las tiendas; las grandes mudanzas, los saltos discontinuos, el transfuguismo de ida y vuelta... Porque autores de la supuesta Gran Literatura entran y salen del género ciencia ficción, como Kingsley, Amis, Murakami o Houellebecq (maltratando, digamos, la línea limítrofe). Otros —Stephen King, Don DeLillo— tienen sus raíces en el género. En América Latina vivimos en lo que parece el final de un tránsito: acerca del rechazo a la ciencia ficción, el peruano José Güich afirma que hay (¿hubo?) un «sistema literario hegemónico» dominado por el realismo urbano y los sellos

multinacionales. De cualquier manera, señala el mismo Güich, cada vez más parece que «hoy ya no es *correcto* pasarla por alto».

Pero, ¡esto es ciencia ficción!

Empecé estas líneas hablando de 2020, una fecha que aún no sucede, pero que tenemos estupendas razones para creer que sucederá. La *anticipación del futuro* ha sabido mantenernos vivos durante dos millones de años, y ha ayudado durante períodos aún más largos a otras especies animales. En cualquiera de los casos esta anticipación del futuro consiste en la extrapolación lineal del pasado. Creemos que la futura existencia de 2020 es una apuesta muy segura; creemos que «mañana» será muy parecido a «ayer», y obramos en consecuencia. Así proceden delfines, chimpancés, lobos y elefantes, y toda nuestra estirpe desde los australopitecinos hasta Donald Trump. Pero, ahora que nos entrometimos con la creación de herramientas para la expansión de la inteligencia, hemos saltado fuera de la lógica evolutiva originaria. El viejo ritmo está hecho añicos: los cambios que vendrán a continuación se sucederán en una cascada exponencial, no lineal. Y nada en nuestra historia genética nos ha preparado para anticipar lo exponencial.

Por esa razón nos resulta tan difícil admitir la alarmante proximidad de algunos avances. Contamos con una clara imagen del pasado y lo extrapolamos linealmente... En consecuencia, nos incapacitamos para admitir una idea hábil o funcional de nuestro futuro más probable en el siglo XXI. La expresión «¡Pero... eso es ciencia ficción!» es nuestra manera de silbar al atravesar el cementerio de noche.

¿Habitar otro cuerpo?

Siempre me he hecho preguntas acerca de la transferencia de mentes a computadoras u otros cuerpos. Acaso porque lo vi en la ciencia ficción desde niño, porque lo estudié como problema filosófico después, y porque lo he vuelto a considerar más recientemente desde los descubrimientos científicos y avances tecnológicos en este siglo. Como señalé antes, es un tema tratado en abundantes relatos y novelas de ciencia ficción: está bien al centro del megatexto. Es, de hecho, uno de sus tópicos originarios. No es de extrañar que Frankenstein, el monstruo imaginado por Mary W. Shelley, desarrolle un nuevo Yo con el cerebro de un cadáver como soporte. Dos siglos más tarde, los herederos de esa imaginación son demasiados como para enumerarlos siquiera.

Y, sin embargo, puedo recurrir al recuerdo de los referentes más impactantes para ese niño y adolescente que fui, y que se desvelaba leyendo ciencia ficción *pulp* entre los sesentas y ochentas del siglo pasado. Fue Arthur C. Clarke el primero que se ocupó de los aspectos técnicos del *uploading* de la mente, de la síntesis humano-máquina y de la inmortalidad en una máquina o cuerpo cibernético. Breve, pero magníficamente, Isaac Asimov hizo lo mismo[4]. Central en esta recopilación de recuerdos me resulta la novela corta *Siglo de pleno verano* (1972), de James Blish[5]. En el mismo volumen recopilatorio aparecía *Cuando hay interés, cuando hay amor* (1962), de Ted Sturgeon: la tesis de una (hermosa) resurrección en un cuerpo clonado a partir del cáncer que asesina al protagonista. Luego, en 1974, John Brunner presentó *Eclipse total*, novela donde un grupo de arqueólogos diseñan un avatar robótico que simula física y sensorialmente a una raza extraterrestre extinta. Pero es sin duda Stanislaw Lem el más cercano al Castagnet de *Los cuerpos del verano*. En su novela *El congreso de futurología* (1971) el astronauta Ijon Tichy descubre que, tras su muerte, lo han reencarnado en «una negrita».

Desde luego, la filosofía me hizo aguzar las preguntas que surgían de esa biblioteca temprana: ¿cómo sería estar en otro

cuerpo? ¿Sentiría igual el dolor, cuando quizás la resistencia de la piel al maltrato ha cambiado? ¿Cómo sería tener otro tamaño? ¿Cómo sería hablar con otra boca? (¿Me mordería la lengua o el interior de los carrillos por sus formas desconocidas?). Finalmente, para repensar la identidad corpórea: ¿cómo sería que otra persona usara «mi» cuerpo? ¿Seguiría siendo *otra* persona? ¿Y cuánto de «mi yo» es «mi cuerpo», y cuánto lo que fue, y cuánto mis expectativas de lo que será?

Desde luego, aquellos no eran «mis» temas: *trasmigración, reencarnación, metempsicosis*. Desde hace más de veinte siglos, cada tienda teológico-filosófica ha insistido en las importantísimas diferencias entre estas nociones, mientras que desde hace unas pocas décadas las cómplices neurociencia y cibernética se las están arreglando para producir un sucedáneo práctico: la transferencia de la identidad personal de un cerebro a otro, o a una máquina. En efecto, para saber cómo pasar el Yo de un cuerpo a otro, primero tendríamos que saber qué es. ¿Y qué es el Yo? Sucede que la filosofía nunca estuvo muy segura[6].

Día a día las dudas filosóficas habitan una región cada vez más chica del saber, que la ciencia llama «ignorancia»[7]. Cada año que pasa la ciencia le roba a la religión (y a la filosofía especulativa, en este caso) un misterio, y lo agrega a la lista de cosas que ya sabemos. A eso alude Castagnet en estas páginas: «La religión todavía intenta actualizarse; cuando logra reformarse, una nueva tecnología la vuelve a dejar arcaica». Y una de esas víctimas es el alma judeocristiana. No obstante, cabe preguntarse: ¿qué sabemos? Y también responder: mucho[8]. Aunque me quedo con la mirada audaz del cosmólogo Max Tegmark («conciencia es lo que siente la información cuando se mueve con *complejidad suficiente*») y la sabiduría de Hofstadter y Dennett, quienes insisten en que un Yo mecanicista no puede tener libertad: «You are not out of the loop. You *are* the loop».

Esta caricatura, desde luego, no es justa con la riqueza y provecho mutuo del diálogo que sigue habiendo entre filosofía, neurociencia y cibernética. Dennett resuena con Paul Ricoeur; la

idea de que la memoria es la identidad y su ausencia es la muerte, es heideggeriana[9]. Al mismo tiempo, no poco del llamado *machine learning* le debe su metafísica —o la falta de ella— a Locke y a Hume. Lo más interesante es cómo, según venimos averiguando, todo esto requiere de un cuerpo. O quizá de varios.

Los cuerpos del verano

Uno lee la *Historia verdadera* de Luciano y aún comparte su asombro, su *taumatse*[10]. A cada momento el narrador comparte pasmos e incredulidades ante sus experiencias en la Luna, al punto de que ese estilo narrativo es la estructura misma de un texto que se (nos) propone lo extraordinario. Lo mismo pasa con el narrador central de *Frankenstein*, que alarmado trata de comunicarnos su angustia: el pobre doctor pasa capítulos enteros aislado, heroico, trágico y culpable. Nada de esto hay en esta novela de Castagnet, donde —como en el caso de la *Historia verdadera*— el estilo narrativo es también estructura, tanto de la novela como del tema.

Suele atribuirse a las primeras líneas de *La metamorfosis* la primera narración de una circunstancia extraordinaria desde una voz neutra, de medida fáctica, policial. Ese *as-a-matter-of-factness* tiene firmes antecedentes en Sterne, incluso en Rabelais. A diferencia de la brillante ejecución kafkiana, esto solía narrarse en primera persona. Castagnet recoge la vieja usanza, y reduce (tramposamente, diré) lo exótico de las peripecias de sus personajes para proporcionar al lector algo que lo ancle en lo que conoce. Entonces, desde allí, agita o cercena sus convicciones. La novela ostenta un lenguaje logrado, fluido, sin sobresaltos —una textura que es, ya digo, estructura—. El lector se encuentra transitando por párrafos de rara belleza y no sabe que está siendo *manejado*.

La ciudad es una ciudad latinoamericana cualquiera, con sus fachadas, veredas, macetas, barrios bajos donde se comercia con órganos humanos robados o artificiales, y establos en las afueras.

La compraventa de carroña plástica recuerda a *Blade Runner*. Los cuerpos tienen habitantes o usuarios. El alma cartesiana es un archivo informático, que si quiere permanece «en flotación» en internet, sin acceso a corporeidad o pestilencia. Hay tensiones con la religión por las primeras reencarnaciones, pero los exorcismos han pasado a ser excomuniones, y de allí a concelebrar la demostración científica de la existencia del alma. El protagonista, Ramiro («Rama», como el dios) ha logrado hacerse de un avatar relativamente económico. Es, como en el *Congreso* de Lem, el cadáver de una mujer débil. Está atrapado dentro, pero hay otros cuerpos que son oficialmente cárceles personales.

Castagnet ha marcado sus preferencias por trabajar un internet que es no solo físico, sino incluso político: «La prolongación de la vida suele estar acompañada de una prolongación del fascismo». Esas cárceles, esos innovadores fascismos del cuerpo, pueden ser eróticos: hay parejas que se matan para reencarnar cada uno en el cuerpo del otro. La inmortalidad debe ser repensada. Se roza la reflexión borgiana de *El inmortal*: «Con paciencia, una única persona podría construir una pirámide; con perseverancia, otra única persona podría derribarla». Más relevante, sin embargo, es cómo la genealogía enloquece («ya no es un árbol, sino una red»). Esa red se ensancha, invadiendo los lados, rebalsándose a sí misma hasta la distorsión de las generaciones, la confusión de todo orden de parentesco y la multiplicación de las posibilidades del incesto.

Esta novela, repito, revive a Descartes. *Fantasmas en el cerebro* se celebra como definición del alma... pero, al mismo tiempo, el texto vuelve a matar la diferencia entre *res extensa* (todo aquello que es cuerpo) y *res cogitans* (todo aquello que es consciente). «Internet cuenta como cuerpo...», dice Castagnet; «internet modificó la realidad al convertirse en objeto». Rama, como buen personaje de ciencia ficción, tiene permiso para andar en direcciones diferentes a las determinadas por los Dioses —o el *hardware*—. Como sabemos por la *Eneida*, un caballo de Troya no es un habitáculo sostenible: tarde o temprano tiende a expulsar a los

aqueos que aloja en su entraña de madera. El miembro fantasma — que un mutilado cree tener pero ya no tiene— es la mente misma, es el Yo. El fantasma en el cerebro ya es solo una picazón. Y viceversa.

El género que se regeneraba

La ciencia ficción es un género de editores. Los autores escribimos relatos y novelas; los editores inventan y nutren géneros; y los géneros, si hay suerte, terminan haciendo épocas. Mencioné en estas páginas que el papel para el cual parece haber evolucionado nuestro cerebro grande —y el extraño y terco Yo que alienta en sus entrañas— es el de anticipar futuro complejo. Al extremo de esta larguísima línea evolutiva, la ciencia ficción inventa y previene futuros: nos indica qué es posible, qué deseable y qué peligroso. De la mano de sus autores y editores, la ciencia ficción es (me atrevo a decir) la *estrategia literaria* de nuestro cerebro grande —de nuestro ilusorio Yo— para generarle espacios a la futura evolución de la especie, lejos de las restricciones de Dioses, Magias o Destinos.

Mientras ese futuro llega podemos leerla, como en las páginas que siguen: con asombro y provecho.

Enrique Prochazka

Ciudad de Guatemala, setiembre de 2018

1.1

Es bueno tener otra vez cuerpo, aunque sea este cuerpo gordo de mujer que nadie más quiere, y salir a caminar por la vereda para sentir la rugosidad del mundo. El calor me satura la piel. Los ojos se entrecierran: hace poco ninguna luz era demasiada para mí. También me gusta toser hasta quedar ronco, regresar al cuarto y oler la ropa usada.

Los nietos de Teo me ayudan a dar mis primeros pasos. Sostienen mi batería, caminan y se ríen mientras giran sobre sí mismos. El trayecto va desde la casa hasta la esquina y de regreso. Llegamos a la meta y festejan. Paso la mano por la cabeza del más pequeño y le digo: «Qué vibrante tenés el pelo»; mi voz me resulta extraña.

Teo me hace señas sentado desde los escalones frente a la puerta. Abre la boca pero la vejez le impide hablar; él también sonrío y mueve la cabeza como diciendo que sí. Tomo la mano de mi hijo, hinchada como una bolsa llena de hielo, pero que aprieta fuerte.

1.2

En medio de la noche quiero bajar hasta la cocina. Los síntomas después de regresar de la flotación son poco sueño y mucha hambre. La esposa de mi nieto me dejó un bol lleno de cereales y frutas que se acabó rápido.

Gales insistió en que durmiera en el cuarto principal, ubicado en la planta baja, pero preferí dormir en el de invitados; el médico lo consintió. Ahora me arrepiento, mientras arrastro la batería con

ruedas por la escalera; hace mucho ruido. La luz está apagada. Sudo. Tropiezo con cosas; no debo caerme.

Incluso después de vivir tantos años en flotación, todavía me es natural considerar esta casa como mi hogar. Pero todo está cambiado; regresé a casa como luego de una inundación. La ola que arrasó la superficie de las cosas y movió los electrodomésticos de lugar tiñó las paredes con otros colores y deformó el tamaño de los muebles.

Me apoyo contra las paredes para llegar hasta la cocina. La heladera está llena de cosas que no puedo comer mientras dure la adaptación. Un casillero indica la estabilidad de la conexión wifi; la heladera es consciente de su propio contenido: cualquier elemento nuevo o eliminado se agregará al registro. Cierro rápido la puerta para no tentarme y porque su luz me hace parpadear.

Las naranjas están en el mismo lugar pero en un canasto nuevo. Los cubiertos se guardan en otro cajón. El cuchillo que usé hace años sigue igual de filoso; quizás sea otro. No reconozco los platos. Aparto una silla nueva para sentarme en la mesa vieja. Una diferencia extraña: antes la casa estaba deteriorada; ahora está reluciente. Alguien llamado Cuzco se encarga de limpiar la casa los días hábiles; aún no lo conozco.

Pelo la naranja; el olor me recuerda a mi padre. Aparto la cáscara con movimientos lentos; quito los pellejos blancos de los gajos antes de comerlos. Separo con la lengua los gajos en porciones más pequeñas. Chupo las semillas como si fueran caramelos; las escupo como si fueran chicles.

El cable de la batería me entorpece el regreso al cuarto. Quisiera no tener que cargarla, pero es el único modelo que pudo pagar mi familia. Hago una pausa en el espejo del baño: veo una señora gorda y bajita, sobrenaturalmente linda.

Lo primero que hice cuando estuve a solas fue meterme los dedos en la concha. No sentí nada. Acostado en la cama del hospital, la ventana hermética pero sin cortinas, observaba mi batería por primera vez, enchufada a mi cuerpo como una correa entre el perro y su amo. Los médicos querían que durmiera. Mi mente estaba fresca aunque el cerebro fuera usado; si la cabeza tenía algún historial, había sido bien borrado. Las rodillas todavía no respondían, pero el resto del cuerpo sí. La mente interpreta el fin del estado de flotación como el fin de un calambre; la ausencia de pito, en cambio, se asemeja al síndrome de miembro fantasma que sufren algunos amputados.

1.4

Los nietos de Teo quieren jugar al fútbol conmigo. Les explico que no puedo, que este cuerpo es frágil. «Imagínense mi piel como la cáscara de una banana». La pelota es una bola de fuego que ejerce en mí una fuerza de atracción varias veces mayor que su tamaño; quisiera retroceder pero permanezco quieto, en el borde del jardín. La pelota llega hacia mí. La freno con el pie, pero no me animo a patear. Me quema las manos cuando la arrojo hacia los chicos.

Sonrío mientras me hago pis. Lo interpreto como una falla, como haría al escuchar un ruidito dentro del auto; luego lo disfruto, de pie, en un mediodía cada vez más fuerte. No me quiero mover: ni para ir al baño ni para abandonar el sol. Soy un árbol con el tronco meado por algún perro.

Minutos después, el pañal cargado me irrita y la piel está hinchada de tanto calor. Me da vergüenza pedirle ayuda a la esposa de mi nieto. Septiembre tiene una beca de investigación y trabaja en la casa la mayor parte del día. Me acompaña al baño, me cambia el pañal. Está acostumbrada a ayudar a mi hijo Teo, su suegro. Septiembre no se acuerda, o no quiere recordar, que yo tenía su edad cuando me morí.

1.5

El resplandor de la computadora es permanente.

Los psicólogos me permitieron utilizarla en pequeñas dosis; el período de abstinencia a internet luego del estado de flotación puede ser duro. Es cierto que yo siento la tentación por la red incluso frente a la heladera. Si resisto el impulso es únicamente por miedo. No sabría cómo manejar la pantalla táctil, el teclado sin teclas, con estos dedos gordos.

Merodeo cada espacio de la casa iluminado por algún monitor. Cuando no aguanto más las ganas de que la red me chupe como un mosquito me alejo hacia el único dormitorio que no cuenta con conexión. Teo está sentado en su cama; sus frases son cortas, e incluso las separa en sílabas para tomar aire. «Desnudo en el chubasco». Yo completo como puedo: «¿Estás recordando algo de cuando eras chico?». Afirma con la cabeza. «Sobre mi caballo desnudo». Gesticula mucho pero lento. Debe tener calor, pienso, y le acerco un vaso de agua. A veces está más despierto; otras veces está en el pasado, donde yo no lo pude acompañar. Era Adela la que los llevaba al campo mientras yo estaba en flotación y esperaba su regreso para que me contaran lo que había sucedido. Todavía tengo registros de cada conversación, si tan solo me conectara y me animara a releerlos.

Dejo el cuarto de Teo, que murmura algo sobre un bebé y el mosquitero. Camino hacia una computadora lo más rápido que me permite la batería. Me siento en un sillón dentro del rango permitido para realizar las indicaciones verbales que me guíen por la red con mi voz ridículamente rasposa; quiero evitar tocar la pantalla transparente y fría. Podría jurar que huele a sangre, a líquido amniótico; sé que son mis sentidos, sobrestimulados por regresar al espacio donde viví una vida entera. En internet me esperan mis muertos.

1.6

Es raro estar del lado de afuera; me acerco a la pantalla como si fuera una pecera. Yo supe ser un pez y ahora camino de nuevo en la tierra. Hay varios amigos míos, algunos primos, compañeros de trabajo. La mayoría murió justo después de que yo lo hiciera; otros hace unas semanas. La mayoría quizás acepte regresar a un cuerpo algún día; otros no van a querer volver nunca.

Internet ahora es transparente y personal, nunca privada. Cada búsqueda tiene una marca digital ineludible y fácil de seguir: un sendero trazado sobre la nieve, deslumbrante tanto para los vivos como para los muertos. En la época en la que yo ingresé, los muertos estaban encapsulados en módulos a los que solo se accedía pagando. Ahora flotan a lo largo de la red.

En uno de los nodos me encuentro con amigos que jamás conocí en la vida real; mejor dicho, en vida. No sé cómo van a reaccionar conmigo; ahora que asumí un cuerpo es posible que me rechacen. Existe una empatía entre los muertos, así como la puede haber entre sordos, entre científicos de la misma rama, entre fanáticos de una misma película; somos veteranos de una guerra que se extiende durante una tregua infinita. «Hola Rama», me saludan, como si no hubiera cambiado nada; quizás sea porque para ellos no cambió nada. Unos días fuera del estado de flotación, saturado de tantas superficies blandas y aromas agrios y sabores ácidos, y ya me olvido cómo era estar ahí adentro.

Pero hoy no me interesa hablar con ellos, y Vera no aparece disponible. Tampoco quiero entrar a revisar los viejos historiales de conversación. Lo que quiero hacer, con unas ganas que me perforan los tímpanos y me revientan el apéndice, es hallar a mi antiguo mejor amigo y encontrar la descendencia de mi esposa.

2.1

El estado de flotación, es decir, la continuación de la actividad cerebral dentro de un modelo informático, es el primer paso ineludible para resguardar a las entidades individuales. Recién después de la muerte se puede proceder al segundo paso opcional de migrar de un soporte a otro; esta operación es referida como «quemar» un cuerpo.

El primer paso es tan seguro como inestable el segundo. Tiene que efectuarse un equilibrio entre el cuerpo immaculado, bajo las impresiones que deja el primer huésped, hacia las direcciones que quiere seguir el segundo huésped. La memoria celular puede ser engañada, pero hasta cierto límite.

2.2

La mayoría de los muertos prefiere cambiar de cuerpo.

La primera minoría se preserva en internet.

La segunda minoría conserva el cuerpo original, como un mendigo aferrado a sus harapos; se los considera enfermos.

Únicamente unos pocos viejos se niegan al procedimiento, mi hijo Teo incluido; ni siquiera llegan a ser una estadística.

2.3

Las restricciones biológicas y legales:

Toda reencarnación debe estar registrada y notificada en el Registro Koseki.

Los menores de edad no pueden obtener cuerpos de mayores de edad.

Aún hay que morirse para obtener un nuevo cuerpo; los mejores se agotan rápido.

2.4

Cuando realicé el procedimiento y entré en flotación, mi cuerpo fue destruido porque no podía ser conservado; en ese momento no estaba listo el traspaso a otro cuerpo. El cambio desde entonces fue paulatino. Los primeros casos masivos fueron de madres registrando a sus hijos en lista de espera por si se morían en accidentes. Los cuerpos empezaron a ser considerados un recurso natural valioso. Primero dejó de haber velatorios; luego, las necrológicas empezaron a incluir quién reencarnaba en ese cuerpo. Se decidió por fin destruir los cementerios. La mayoría fueron transformados en granjas abiertas a la comunidad por la fertilidad del suelo. Todavía quedan algunos cementerios abiertos como museos.

Cada cuerpo puede tener una vida útil de hasta tres habitantes en promedio hasta que se deshace; recién entonces se creman. También hay quienes se comen los restos. La única condición legal es ser un pariente directo del muerto y que haya sido autorizado en el testamento vital. Supongo que esto es el futuro.

3.1

Mi mejor amigo no solo es antiguo porque fue joven cuando yo también lo fui, hará casi un siglo, sino porque ya no es mi mejor amigo, ni mi amigo, ni le hablo desde entonces. Sé que está vivo en algún lugar. La certeza me despierta del adormecimiento; cada día, despierto o en flotación, me hago la misma pregunta: ¿cómo vengarse cuando no existe la muerte? Me muerdo las uñas de mi nuevo cuerpo, las arranco antes de llegar al final, las escupo al piso y vuelven a crecer sin que yo pueda responder.

3.2

Los días pasan sin resultados significativos. Mientras tanto, el cuerpo tiene otras exigencias y debo hacer ejercicios matutinos para fortificar mis músculos. Septiembre escribe mientras yo levanto las pesas; en su silencio puedo escuchar el rechinar de mis brazos. El estudio tiene un ventanal abierto; ella está del lado de adentro y yo del lado de afuera. La casa es grande pero nos gusta estar cerca. «¿Me acompañarías, Rama? Si estoy sola me quedo dormida», me dijo la primera vez. Los chicos están en el colegio.

Ella no parece asustada por convivir con un muerto. Le pregunto si cree en fantasmas. «Claro que sí», responde sin levantar la mirada, «los fantasmas que hacen pesas en un patio lleno de plantas sin cortar».

«Yo te pregunto por los que no tienen cuerpo. Los que están en flotación».

«Internet cuenta como cuerpo».

«Internet es traslúcido, inestable, viscoso». Mientras lo digo imagino una medusa. Millones de algas protegidas para siempre dentro de la campana de la medusa.

«Eso es el ectoplasma».

Septiembre me ofrece un té y después se acuerda de que aún no puedo tomarlo. Le pregunto si puede alcanzarme un poco de agua para que no continúe pidiéndome disculpas. Apoyo las pesas en las baldosas y espero sentado en el banquito que se pega a mi pantalón corto. Un hilo de sudor me corre entre las tetas; paso el dedo y luego me lo llevo a la boca. Está salado. Escucho regresar a Septiembre y ruego que no me haya visto.

«El sol te está dejando la cara colorada», me dice. El vaso tiene gotas de agua, como si él también transpirara. Lo vacío rápido y lo devuelvo; levanto las pesas del suelo. Septiembre no vuelve de inmediato a su escritorio; permanece de pie, apenas pasado el ventanal, con la mano haciendo visera. El pelo le brilla como en una propaganda de champú. Quizás quiera tener una charla de chicas, me ilusiono. No sé si apoyar de nuevo las pesas, por miedo a romper el hechizo y que se vaya; tampoco sé si continuar ejercitando.

«Gales nunca me quiso contar mucho sobre su familia», me dice, «posiblemente por haber vivido en una muy numerosa. Para él siempre fue un peso esta casa llena de parientes y recuerdos».

«¿Y espíritus que regresan de la muerte?».

Septiembre se sienta en el suelo, levantándose un poco la pollera para no manchársela con la tierra roja y los frutos amarillos de los árboles. «Esta casa la construiste vos», contesta.

«Mi papá era arquitecto; me enseñó todo su oficio desde que yo tenía la edad de tus hijos. Planeamos esta casa desde mi adolescencia, para que fuera mía y de mi familia. Él se murió antes de empezar y tuve que hacerlo solo. Supongo que papá estaba ilusionado con vivir conmigo y sus futuros nietos después de jubilarse».

A veces el sol es cubierto por nubes y Septiembre baja la mano que hace de visera; tiene los ojos tan parecidos a los de una

exnovia que me da miedo ir a chequear si desciende de ella.

«¿Y tu mamá?».

«La aplastó un auto cuando yo tenía nueve años».

«Lo siento».

«A veces pienso qué diferente habría sido mi vida si para entonces ya hubiera existido el estado de flotación. Mi mamá podría haber continuado conmigo, en internet o en otro cuerpo, en algún lugar. Papá me decía que mamá estaba en el Cielo; en ese momento solo teníamos la religión. Pero al Cielo no se puede acceder por medio de una computadora; la religión no es *user-friendly*».

«Hace unos años que la Iglesia viene diciendo que aunque sea un método diabólico de todas maneras demuestra la existencia del alma».

«Al menos ya no le hacen la excomunión a quienes entran en flotación».

«A los primeros reencarnados les hacían exorcismos...».

Nos reímos. Septiembre baja la mano como visera para ocultar la boca abierta. Tiene las primeras arrugas notables de la adultez, cerca de los ojos y en las manos; el sol las ilumina. Yo tengo más que ella, pero mi cuerpo es al menos diez años más viejo.

«¿Por qué no pediste un cuerpo en cuanto se legalizó el procedimiento?», me pregunta, «¿Por qué continuar en flotación tanto tiempo?».

«Uno se acostumbra a todo, incluso a una cárcel, y más si la cárcel es cómoda».

Sostener las pesas, incluso apoyadas en los muslos, me está lastimando las manos. Me agacho para dejarlas en el suelo; del esfuerzo se me escapa un suspiro. Me tengo que acomodar el pelo, con dificultad. Nunca supe peinarme; menos aún en un cuerpo de mujer. «Pará», me dice Septiembre, y se arrodilla ante mí para ayudarme a mantener el peinado. Tiene las manos tibias e intento mirar hacia las baldosas, que parecen mandalas, mientras ella mantiene la cara tan cerca de la mía.

3.3

Hay cosas por las cuales me arrepiento de no haber pedido un cuerpo lo antes posible. No sabría cómo explicárselo a Septiembre.

Vera se me murió a los sesenta años de estar metido en internet. Amé a Vera como solo pueden amarse los hijos que tardan en llegar; mi primogénita, brillante, generosa Vera. Hablo en pasado pero ella está en estado de flotación, casi siempre dormida, para siempre bella. Un día, si se puede llamar días a la sucesión de noticias dentro de la red, apareció Vera entre nosotros con la candidez del turista que visita un nuevo país. Nadie de afuera me lo anunció. «¿Qué pasó?», le pregunté varias veces. Ella no pareció leerme; quizás todavía no supiera cómo hacerlo.

¿Habrá entendido Septiembre que no tenía fuerza física ni de voluntad para pedirme un cuerpo? Es el esfuerzo cotidiano, imperceptible para los vivos, de mantener todos los músculos juntos y todos los nervios coordinados, los dos ojos hacia el mismo lado, la lengua lejos de los dientes, la vejiga activa frente al inodoro, de inhalar lo preciso y exhalar lo necesario. Nada es automático; el dolor puede gatillar un proceso, pero incluso el dolor puede suprimirse.

Una vez leí que los esclavos negros solían realizar suicidios colectivos porque creían renacer en África. Los amos comenzaron a mutilar los cuerpos para asustar a los sobrevivientes. Así es como vivíamos, los esclavos y yo: el miedo por los futuros cuerpos inmovilizaba nuestras ilusiones.

3.4

Septiembre regresa al escritorio. En ocasiones me ha leído partes de su trabajo de investigación. Cuando le cuesta explicarme ciertos

fragmentos que ella consideraría obvios le recuerdo que hace casi cien años que no voy al colegio. El nivel de conocimiento que uno asimila en estado de flotación es incalculable pero poco específico. Ahora muchos de los muertos deciden cursar en universidades digitales; yo también debería haberlo hecho, pero la pereza es invencible incluso estando muerto.

Suena la campana de Teo: una sola vez, no es urgente. Me ofrezco a ir yo; Septiembre agradece varias veces. Entro en la casa contento de tener una excusa para abandonar los ejercicios al sol del mediodía. La batería hace ruiditos al cambiar de superficie. El pasillo está fresco y tiene olor a detergente de limón; intento seguir el recorrido del lampazo hasta su origen, pero el rastro se desvanece con el calor. Al final del pasillo está el cuarto de mi hijo, la puerta cerrada por donde no pasa internet.

Teo está de pie, agarrado de un mueble como si fuera un paravalancha. En mi apuro para sostenerlo tropiezo con la batería. Estoy tan gorda que me cuesta levantarme; el viejo me mira con curiosidad. Cuando logro alzarme, se agarra de mi espalda para volver a la cama. «Montado en hi-po-pó-ta-mo», dice. Escucho en mi cuello su risa tan particular, que parece salir de las orejas o de la nariz. Lo meto en la cama. Hace gestos para que lo cubra con la frazada; cuando le llega hasta el mentón parece satisfecho.

«¿Por qué nos llamaste?», pregunto mientras me siento en la silla al costado de la cama; durante un instante siento que se va a venir abajo. Niega con la cabeza y esconde la cara bajo la frazada.

«Estuve buscando en internet», le digo; la idea de consultarle surge a medida que lo hago, «y no obtuve ningún resultado significativo». Solo logro ver su pelo y sus ojos color petróleo. «En realidad estoy buscando a tu mamá desde hace más de setenta años. Durante todo este tiempo solo lo podía hacer por internet. Ahora que puedo hacerlo de verdad todas las pistas son estériles. Vera nunca me quiso contar. Vos me dijiste que no sabías, Teo, pero no es posible que no lo sepas. Necesito saber qué pasó con tu mamá».

«¡Se-cre-to!».

«Por favor, necesito que me lo digas».

«Solo a una per-so-na».

«¿A quién?».

«Mi papá».

«Soy yo. Soy tu papá. Soy Ramiro».

No, dice Teo con la cara, «sos mi a-bue-la».

Se compadece de mi candor; saca el brazo de debajo de la frazada para tomar mi mano. Los chillidos que entran a través de la hendidura de la puerta anuncian que regresaron del colegio los hijos de Septiembre; los nietos de Teo; mis bisnietos.

4.1

A veces me parece que salí congelado del estado de flotación; la necesidad de luz y calor proviene de la necesidad de recuperar el sistema emocional que, hasta ahora, permanece inmóvil. Quiero gritarme a mí mismo, darme órdenes, sacudirme los pedazos de hielos adheridos al pelo y a los dientes.

Todavía no encontré a mi ex mejor amigo. Aún no descubrí la descendencia de mi esposa. Teo no me reconoce. Me siento un inútil en mi propia casa. El deseo me motoriza hacia adelante, pero no percibo frustración cuando el deseo no se concreta. Creo que extrañé el dolor durante décadas, y ahora que estoy de regreso soy incapaz de sentirlo.

Tengo ganas de que alguien me insulte por la calle. Pero mientras camino nadie dice nada. Algunos arrastran una batería, otros comen helado en la plaza.

4.2

No significa que con las reencarnaciones se haya alcanzado la paz. Antes se verbalizaba más; hoy el resentimiento es implícito. Cada uno se dedica a sus pasiones y a sus odios en silencio; no hay mucho más que se pueda denunciar.

La discusión pública está en los usos del cuerpo, lejos de cualquier implicación moral; en este sentido, reproduce el debate sobre los recursos naturales que tuvo su apogeo el siglo pasado. ¿Cada persona es dueña de su cuerpo, aunque después lo ocupen otros habitantes? El desperdicio carnal, aunque está catalogado como egoísta, no está tipificado como sanción a menos que sea

excesivo. La mejora y regeneración de órganos colabora al malgasto; el procedimiento permite la impresión de material orgánico en imitación perfecta del original, que permite suplir las funciones específicas. Gracias a esto se amplía la vida útil de un cuerpo, así como también la irresponsabilidad sobre el mismo. Por supuesto, dado que el procedimiento de apropiación de cuerpos es costoso, las discusiones están ligadas a las aspiraciones de la clase media. La regla general sostiene que a mayor ingreso por año existe menor respeto por el cuerpo. Los millonarios que se prenden fuego a lo bonzo solo para que nadie pueda reutilizar sus cuerpos parecen haber creado una tradición tan sólida como el caviar.

Muchos vicios que habían sido erradicados volvieron a ponerse de moda. El uso individual de drogas duras ya no es combatido por el miedo patológico al daño a terceros, sino por el daño al propio cuerpo. La regeneración de pulmones potenció las ventas de los casi extintos cigarrillos; la prohibición de no fumar en espacios públicos continúa vigente, pero ya no está en uso. Muchas veces es posible distinguir a las personas de mi generación, estén en un cuerpo joven o viejo, por su negación al tabaco.

El furor sostenido por los deportes de alto riesgo los llevó a ser incluidos dentro de las disciplinas olímpicas; la rigurosidad de los controles es solo un justificativo para incluir más planos de cadáveres con la cabeza a la altura del estómago. El automovilismo abandonó toda pretensión de seguridad, y ha ocurrido que un piloto utilice más de un cuerpo a lo largo de un único campeonato.

La religión todavía intenta actualizarse; cuando logra reformarse, una nueva tecnología la vuelve a dejar arcaica. Noto un crecimiento en la popularidad de las doctrinas védicas, de un modo torcido, y en todas las universidades hay un departamento de Estudios Orientales. Claro que, ahora, un país como Japón está lleno de japoneses con cuerpos de occidentales.

Después de tantas turbulencias sociales, el arte es más clásico y se valora según el respeto por las normas. Los escritores tienen nuevos tabúes que describir. Los psicoanalistas inventan nuevas

terminologías para los viejos conflictos. Los abogados cobran cheques por cada litigio sobre la aplicación o no del anticuado sistema de herencias. Los médicos discuten si es ético donar el cuerpo a una persona en particular o si debe ser al azar. Las plataformas de los políticos prometen establecer la representatividad de los muertos o la superioridad de los vivos, según la tendencia local.

Cada vez hay más adeptos a la pena de muerte; a los condenados los queman en cuerpos defectuosos. Las ejecuciones suelen ser dolorosas. Conozco la historia de un violador que fue electrocutado y luego quemado en un cuerpo con espina bífida. En otro caso, un asesino serial fue devorado sin anestesia por animales de circo, con entrada gratuita; ahora está en un compartimiento de la red al que no se puede acceder, salvo con contraseña gubernamental. La prolongación de la vida suele estar acompañada de una prolongación del fascismo.

4.3

Para probar la autoría de los eventuales crímenes se estableció un registro nacional, el Koseki, donde figurara cada cambio de cuerpo y las relaciones que eso creara entre los individuos. El Registro ayudó a institucionalizar vínculos familiares que hasta entonces estaban fuera del sistema, como la relación entre un quemado con los padres del huésped original.

Originalmente, cualquiera podía conseguir una copia del Koseki de otra persona. Luego se implementó una nueva ley para limitar el servicio solo a aquellas personas que aparecieran en el registro de la persona deseada. Hace tiempo pedí el de mi esposa, y me lo negaron porque yo ya no aparecía en el suyo.

El Koseki posibilita hacer justicia en tiempos en los que el cuerpo es una evidencia ambigua, pero también posibilita el surgimiento de nuevas formas de discriminación. Lo usan las empresas con

contactos para verificar a sus potenciales candidatos; también los padres ricos cuando buscan pareja para casar a sus hijos.

4.4

Una mujer en un cuerpo de hombre que se viste de mujer.

Un quemado se frota con su hermana dentro de la cama hasta que ella pide más.

Una monja se suicida para poder ser sacerdote con su nuevo cuerpo.

El sexo siempre encuentra la forma de reinventarse pese a la limitada variedad de posiciones y combinaciones. El sistema lo continúa utilizando como motivación: es común la exigencia entre parejas de ganar más plata para obtener mejores cuerpos. Ya se venden paquetes turísticos que incluyen en el precio los cuerpos más apropiados. La permisividad se borronea; las distinciones se rejerarquizan antes de volver a decantar. Conozco a un hombre que le quería poner Bukkake tanto si fuera hijo como si fuera hija; los nombres son los primeros en adaptarse a las nuevas circunstancias.

Muchos grupos de presión intentan regular la actividad sexual, con un éxito bastante significativo en los adolescentes. El movimiento más publicitado aboga por la castidad como el valor principal de la sociedad. Está comandado por una liga que se denomina de mujeres auténticas; una investigación en un periódico reveló que al menos dos miembros de la comisión directiva habían sido, en sus cuerpos anteriores, hombres.

En general, el sexo está abierto más que nunca a las posibilidades de la imaginación. Las oficinas públicas e internet siguen siendo los ambientes principales de circulación de rumores. El otro día escuché que un hombre fue eutanizado para ocupar el cuerpo de su mujer, muerta por accidente cerebrovascular; luego, la mujer encarnó en el cuerpo de su esposo que esperaba vacío en un frigorífico del hospital.

4.5

La tecnología no es racional; con suerte, es un caballo desbocado que echa espuma por la boca e intenta desbarrancarse cada vez que puede. Nuestro problema es que la cultura está enganchada a ese caballo.

Alguna vez fue la imprenta y la medicina; hoy es el estado de flotación y la apropiación de cuerpos. La muerte continúa existiendo; lo que desapareció fue la certeza de que todo termina más tarde o más temprano. Hay tiempo para raparse y para mantener las canas, para embarazarse y para torturar, para salir campeón del mundo y para reescribir la enciclopedia. Con paciencia, una única persona podría construir una pirámide; con perseverancia, otra única persona podría derribarla. Supongo que eso también es el amor.

5.1

Parece que el hombre que limpia la casa rompió una de las computadoras. El hijo de Teo se enojó y lo echó. Yo estaba caminando cuando sucedió; al volver parecía que un rayo hubiera volatilizado todo tipo de equilibrio emocional.

Septiembre está muy enojada; dice que a Cuzco hay que tenerle paciencia, que no es su culpa ser torpe. Gales replica que es un discapacitado de mierda y que ellos no tienen por qué hacer caridad, que para eso existe el Estado. Su mujer replica que ella hace con su plata lo que le reputa plazca, que si quiere no solo le arregla la computadora sino que le compra una nueva para descargar toda la pornografía que se le antoje. Mientras tanto, yo estoy escondido detrás del frutero, muerto de hambre. No me animo a levantarme, menos aún a pedirles que me alcancen un cuchillo; mastico una pera verdiáurea, con cáscara, sin ruido, con los dedos pringosos.

La campana de Teo los interrumpe. «Andá vos», le grita Septiembre, «si al final echaste a la única persona que se ocupaba de tu papá». Gales resopla, abre y cierra de un portazo la puerta de la heladera y sale de la cocina; «la conexión ha sido restaurada», dice la voz fría de la heladera.

Sostengo el cabo de la pera en la mano cuando Septiembre me descubre; sus facciones se suavizan, casi puedo sentir cómo le ordena la rendición a cada músculo de su cara. En vez de hablarme, extiende la mano para que le alcance el cabo descarnado. Abre la tapa del tacho de basura de un pisotón y lo lanza adentro sin agacharse.

La ayudo a juntar los restos de la computadora destripada por todo el *living*. Me incomoda estar agachado, así que me siento en el parquet. Empezamos por los fragmentos grandes: carcasas, placas de red, el monitor con la cuenca del ojo vacía. «Cada vez son más

frágiles», le digo, «en mi época tampoco eran de fierro pero se la aguantaban. Una computadora estaba dividida en partes y había que conectarlas todas juntas para que funcionara. Mi mujer siempre desenchufaba el cable equivocado y se me apagaba todo. Me enojaba tanto con ella que terminaba desenchufando los demás cables; supongo que Gales heredó mi forma de ser». No sonrío.

Los restos más pequeños cuestan más. Por mucho que se barra, los fragmentos de la pantalla nunca terminan de entrar en la pala; me recuerdan la arcilla y la cáscara de huevo. El material moldea el aparato a las necesidades del usuario; el impacto debe haber sobrepasado la elasticidad del material. Septiembre se muerde la falange del dedo índice; le pido la escoba y comienzo a espulgar los fragmentos adheridos a las cerdas. Cada vez que saco uno, lo apoyo en la pala que ella mantiene levantada.

«Hace unas semanas que venimos discutiendo por cualquier cosa», se disculpa, «por favor, no te preocupes». Pero lo hago: hace unas semanas llegué yo. Me doy cuenta de que estoy sudando; caminar y ayudar me agota. Cuando termino, le devuelvo la escoba. «Necesito ducharme». Debo haber dejado el mango transpirado.

«Ah», me dice antes de que me vaya, «te estaba buscando Vera».

«¿En la red?».

Se queda callada: por supuesto que en la red. Le agradezco y sigo mi camino hasta el baño, aunque no sé si ahora quiero ir hasta el baño.

5.2

Postergo la ducha hasta después de visitar la red. Camino hasta la habitación de mis bisnietos, donde está la computadora más cercana. Los disparos anuncian el inconfundible juego de la guerra; no me molesto en golpear. Al abrir la puerta veo en una pantalla gigante cómo se dobla mi cuerpo gordo; después me desplomo yo.

Aplaudo el suelo; mi panza se hunde, mis tetas enloquecen. «¡Le diste a la banana!», le grita un soldado a otro.

Corro mi pelo hacia atrás para poder verlos: los chicos están parapetados detrás de un sillón dado vuelta. La habitación está recubierta por maleza, la misma que crece en el patio frente al estudio. Además de la pantalla, hay dos computadoras que orbitan alrededor de sendos chalecos que tienen puesto mis bisnietos. Es la primera vez que las veo, aunque había visto artículos y videos mientras estaba en flotación. La tecnología avanza gracias a dos necesidades: conquistar territorios y entretener niños.

Les hago señas para que se acerquen. Los chicos sostienen mis brazos sin soltar sus rifles; las computadoras giran muy cerca de mí. Logro sentarme; no quería volver al suelo tan rápido. La descarga que me derrumbó me dejó un chupón en el pecho. Miro mis brazos y mis piernas: los huesos no huyeron, las articulaciones permanecen.

Sacudo las hojas sueltas enganchadas en mi vestido.

«¿Nadie limpia esta habitación?».

«¡El Cuzco!».

«Necesito una de las computadoras. Tengo que hablar con la tía abuela».

«¿Qué tía abuela?».

«La tía Vera».

«¡Ah, sí, Vera! ¡Nos debe los regalos de cumpleaños!».

«Pero se murió, chicos».

«¡Que nos mande los regalos por internet!».

Me ponen a la fuerza uno de los chalecos; no entra bien, así que tengo que mantener los codos en alto para que no me ahorque las axilas. La computadora flota enfrente de mí. Apoyo mis dedos en la pantalla para avanzar hasta el nodo donde está Vera. Los chicos se agarran la cabeza: «¡Qué lento! ¡Más rápido! ¡Aburrido!».

Vera me está esperando; quizás estuvo ahí desde que habló con Septiembre, o incluso antes. Una persona dentro de la red puede convertirse en un Buda, si evita las redes sociales y la pornografía.

«Hola, pa».

Su avatar es una flor.

«Veo que floreciste en silencio».

«En cambio mi hermano dio frutos muy ruidosos».

Le digo a Vera: «Esperame que me voy a un lugar más tranquilo».

Ella contesta: «Deciles a los chicos que, si buscan regalos, revisen el mail».

Mis bisnietos festejan disparando al aire. Por las dudas, inclino la cabeza y me cubro el pecho con las manos. Uno de los chicos recibe un tiro por la espalda, pero no se derrumba como yo; solo se sacude unos segundos y después putea al hermano. Es el que todavía tiene el chaleco puesto. ¿Es que nunca me voy a aprender los nombres?

5.3

La computadora da una vuelta a mi alrededor mientras me pongo de pie; luego se detiene frente a mí y me sigue hacia la puerta. «Solo le hace falta ladrar», le digo a Vera, y la computadora ladra.

«Extraño la piel de los animales», dice ella. «Cuando estaba viva solo percibía lo intolerable. El agua hirviente que te pela los dedos. Las paredes ásperas que me negaba a tocar. Los pliegues hediondos de las vacas. La vida es más blanda de lo que creía. Acá, en cambio, no hay nada rugoso que acariciar. Estar en flotación es una buena forma de expresarlo: no hay de dónde agarrarse».

«Nunca supe por qué se llama así».

«Yo sí. Por las pinturas japonesas del mundo flotante. Un lugar donde solo se vive el momento, la luna y la nieve, las canciones y los fuegos artificiales, donde todos rehúsan caer en la desesperación y en las responsabilidades. Flotamos como los zapallos en la corriente del río».

«Cierto que lo inventó un japonés. Yo conocí a una persona que lo conocía».

«Ya lo sé, papá. Estuve ahí».

Estoy en la puerta del estudio frente al patio vacío. Septiembre tiene la cabeza apoyada contra el escritorio, los brazos como almohada y los puños apretados. Me siento en el banquito; la computadora desciende a la altura de mis dedos. Dejo de hablar en voz alta y comienzo a escribir:

«Tu hermano no me reconoce».

«Ay, pa. Teo ya está viejito».

«Nosotros también».

«Sabés que es diferente. ¡No puedo creer lo que te pasa! Estás ofendido con él».

«No es cierto».

«Por supuesto que es cierto. Es como si te enojaras con el perro por mear el colchón o con la raíz del árbol por romperte la vereda. O con una batería que se acaba».

«Podría hacer como nosotros...».

«Aunque Teo entre a flotación, su mente ya está a la deriva. Lo siento, pero en esto no voy a ser suave. Es irreversible. Hay cables dentro de Teo que están desconectados; incluso creo que él lo prefiere así».

«Me hablás como si yo no fuera su padre; como si no me doliera».

«¿Y a nosotros no nos dolió cuándo vos te moriste?».

Vera se desconecta, o al menos eso parece, pero sé que solo se puso invisible. A mí me dan ganas de apagar la computadora; mejor aún: de revolearla. Flota frente a mí, inerte a cualquier sentimiento de sus usuarios. Mi hija continúa escribiendo desde su invisibilidad:

«Todo se deteriora. Acá adentro también nos vamos a deteriorar. En algún momento los enlaces se van a romper, los datos se van a perder y las lámparas se van a apagar».

Septiembre entra al patio con una jarra entre las manos. Se agacha para regar las plantas, alzando su vestido para que no se

manche. La tierra humea y absorbe el agua rápido. Con un gesto, me ofrece un poco y yo acepto. Cuando me senté estaba al borde de la sombra; ahora estoy al borde del sol.

«¿Estirás las manos, así te las mojo?», me pregunta.

«En la cabeza, mejor», y la inclino ofreciendo la nuca. Septiembre me corre el pelo, como si fuera a decapitarme con gentileza. El agua está helada y me ventila los poros de todo el cuerpo. Sacudo la cabeza hacia atrás, los mechones apelmazados por el agua, las salpicaduras gruesas que duran en el suelo un parpadeo y medio.

En la pantalla, Vera pregunta si sigo ahí.

«Sigo acá», le escribo. Septiembre saluda con la mano libre; mientras regresa al estudio observo que está en medias.

«¿Ya encontraste a tu amigo?».

«No».

«¿Todavía seguís enojado con él?».

Enojado nunca fue la palabra.

«Sí».

«Uf. Tenés que dejar eso. No vas a ganar nada. Además, la venganza ya pasó de moda. Buscate un vicio nuevo. ¡No, esperá! Algo genial: podrías casarte de nuevo. Yo te organizaría la boda. Te imagino con el vestido de novia más lindo que podés haber visto en tu vida. Sería capaz de alquilarme un cuerpo durante un único día para poder ver eso».

«¿Y tu madre, Vera? ¿La invitamos también?».

«No seas malo. Es solo una broma, lo de la boda. Aunque me gustaría. Mamá está muerta. No como nosotros. Está muerta de verdad».

«¿No era que nosotros también nos vamos a morir de verdad algún día? El sistema caído, la pantalla azul y después nada».

«Sí, eso pienso».

«Como mamá».

«Y como Teo, cuando se muera de viejito».

«¿Me vas a ayudar, Vera?».

«A qué».

«Lo mismo que te pedí cuando yo estaba muerto y vos estabas viva. Lo mismo que te pedí cuando los dos estábamos muertos. Lo que te pido ahora que vos estás muerta y yo estoy acá afuera: necesito encontrar a los hijos de mamá».

«Acá me tenés. Y el otro bebé está en tu casa y cree que sos la abuela».

«Los hijos de mamá con su segundo esposo».

Intento evitar escribirlo siempre que puedo. Lo voy a escribir ahora, solo para escupirlo y sacarme el mal sabor de la boca: el segundo esposo de mi esposa, el hombre que se casó con mi mujer y se la cogió, el marido de la viuda.

«Yo no quería escondértelo, pa. Era mamá la que creía que la distancia y el silencio eran la única solución. ¿Y no tenía razón? Fuiste siempre como un fantasma vengativo. No la odies por eso, por favor».

«Me siento herido. Pensé que me conocías mejor».

«Ya sé que la amás más que a nada en el mundo, que siempre lo hiciste y bla, bla, bla, pero necesito asegurarme. Ella solo quería continuar con una vida lo más sana posible. Nadie quiere volverse loco tan joven. Lo que vos decís que ella era para vos, bueno, vos lo eras para ella. Ah, cómo te odiamos cuando te moriste».

«Y por eso se casó de nuevo».

«Bueno, vos también podrías. Ahora».

«Yo ya estoy muerto. Pero hay una parte de mí que sigue viva, y es la que necesita conocer a los descendientes de tu mamá. No figuran en ninguna guía, pero sé que están ahí. Son ellos los fantasmas, y no yo. Quiero que sean reales. Quiero que dejen de darme miedo».

«Ok, papá, ya entendí. La nieta de mamá vive a tres cuadras de casa. Seguro que reconocés el lugar: cubierto de enredaderas, las paredes pintadas de amarillo, un portón tamaño enano. Es posible que ya te la hayas cruzado».

«Todos los días hago ese camino. Me pregunto si no será un chiste. ¿Tantos años sin saber y ahora puedo ir a buscarla?».

«No la asustes, por favor».

«¿Vos la conocés?».

«Una nenita preciosa. Mandale saludos de mi parte; decile que puede visitarme por acá, si no le molesta. A los chicos les es más fácil conectarse que a nosotros los viejos. Ahora andá. Y por favor dejá de preocuparte por Teo. Acompañalo. A mí me hubiera encantado tener una abuela».

«Esperá. Septiembre me había dicho que me buscabas. ¿De qué querías hablar conmigo?».

«Nada, pa. Solo te extrañaba».

«Yo también».

«:))».

Después deja de escribirme y yo sé que esta vez está desconectada de verdad.

Aparto las manos de la computadora y me quedo mirando el monitor hasta que se suspende. Me saco el chaleco y lo cuelgo del banquito. La computadora comienza a girar muy lento a su alrededor; parece un búho durmiendo de día.

5.4

Troto con la batería abrazada al pecho.

Cuando recorrí la vereda por primera vez con mi nuevo cuerpo necesité la ayuda de los nietos de Teo; hoy me parece demasiado corta. Lo mismo las siguientes cuadas. Enseguida estoy frente a la casa que Vera me describió, a la que nunca le presté la suficiente atención.

El sol secó parte de la enredadera y el amarillo se ve más agresivo. El portón enano está cerrado pero lo cruzo por encima.

¡Sin esfuerzo! Me cuesta creerlo, pero mis rodillas responden. Mi corazón gordo vibra, lo siento en la yema de los dedos. Apoyo mi batería frente a la puerta. Antes de tocar timbre decido que es mejor esconderla detrás de mí; no quiero asustar a nadie. Aprieto el timbre pero no lo escucho sonar. No sé si tengo que apretarlo de nuevo. Sí en cambio escucho a las chicharras quejándose del calor. Vuelvo a tocar;
tampoco suena.

«Ya escuché», grita alguien desde adentro. Me plancho con las manos los pliegues del vestido. Una adolescente abre la puerta. Los ojos oliva combinan con la piel tostada, casi de bronce. Se acaba de levantar de la cama: en los cachetes lleva la marca de la almohada.

«Vos también dormís la siesta todos los días».

Apenas lo digo me doy cuenta de lo incómodo que suena, pero es tan cierto que me dan ganas de morderme el brazo. Le pido entrar por favor; nuevamente me doy cuenta de que me estoy equivocando. Me río solo y temo que me cierre la puerta. No sé cómo explicarle quién soy; necesita una explicación demasiado larga para alguien que piensa que sos una vendedora ambulante. De todas las verdades le digo la más breve: «Soy la persona que más quiso a tu abuela». Es posible que haya odiado a su abuela; incluso puede que haya sido una de esas nietas indiferentes que les importan un carajo sus ancianos. Los ojos oliva me dicen que la quería. Sí, yo también la quería. Me invita a pasar y me ofrece un té helado. Me alegra ya no tener que usar pañales.

5.5

Se llama Azafrán y tiene dieciséis años.

En los brazos tostados quizás de forma natural tiene un vello decolorado quizás de forma artificial. Finísimo, se eriza de nada: por abrir la heladera, por extraer hielos de la cubitera, por dejar huellas

en la jarra nublada por el frío. Le pone limón al té. Pienso que no me habría dejado pasar si yo hubiera tenido mi cuerpo de varón.

Varios tapices con árboles genealógicos adornan el *living*. «Es un arte que se está perdiendo», me dice muy seria. Busco el nombre de mi esposa, pero, por los nervios, no sé si empezar de arriba hacia abajo o de abajo hacia arriba. Azafrán se sienta en el sillón principal; apoya los pies descalzos en el tapizado. En el tobillo izquierdo escucho y veo una pulsera; para hipnotizar es más efectiva que un péndulo.

Me pregunta, entonces, quién soy.

No quiero decirle que soy hombre.

Ella observa la batería junto a mí.

Le cuento que fui la mejor amiga de Adela (falso) hasta que me morí cuando ella ya tenía dos hijos con el primer esposo (verdadero). Azafrán hace las cuentas rápido: «¿Sos de las primeras personas del país que entraron en flotación?». Le respondo que sí (verdadero). «¿No podías hablarle desde la red?». Le respondo que perdí el contacto (verdadero). «¿Por qué?». Le respondo que Adela odiaba la internet (verdadero). «¿Y ella no podía hacer el esfuerzo por vos?». Le respondo que yo nunca tuve resentimientos por eso (falso). «Quizás ella no te quiso tanto como vos a ella». Le respondo que ella me quería como yo a ella (indemostrable).

Yo me quedo callado y ella se acomoda la pollera. «No tengas miedo en hablar mal de mi abuela», me dice, «yo la conocí muy poco». Me da vergüenza escucharla hablar con tan poco respeto por sus antepasados. Azafrán me explica las vicisitudes de su vida mientras yo le busco el parecido con mi mujer. Ni los ojos ni la nariz ni la piel se le asemejan, pero la forma del cuello es aterradoramente similar; como lleva el pelo corto puedo regocijarme con comodidad. Incluso se rasca los oídos con la misma cara de indiferencia ante lo que la rodea.

Los fragmentos de su biografía se resumen así:

«Nací en Géminis, aunque ya no sé si el zodiaco se aplica siempre o solo en tu cuerpo original. Vivo en mi cuerpo original,

aunque a veces fantaseo con intercambiarlo por el de una chica asiática. Me gusta hablar con los muertos y leer las búsquedas que hacen los viejos en internet. Las cucarachas de mi cuarto son mis mascotas. Cuando era chica me gustaba leer; ahora prefiero los deportes».

Cuando termina, mira por la ventana y después se fija en el reloj. Se pone de pie, pulsera de tobillo incluida, y sugiere que mejor me vaya. Sus papás trabajan todo el día y la dejan sola hasta que anochece. «Estás invitada a volver», me dice al abrirme el portón enano, «la próxima te cuento sobre mi abuela».

5.6

Conmigo regresa Cuzco; no llego a cerrar la puerta de la casa cuando aparece detrás de mí queriendo entrar. No me cuesta reconocerlo porque se tambalea como imaginé que haría. Está oscuro y tiene mal aliento; no sé si debo dejarlo pasar.

Septiembre enciende la luz y de pronto entiendo las objeciones de Gales. Definirlo como discapacitado no fue un insulto, sino un eufemismo. Cuzco es un panchama: alguien que murió pero continúa en su cuerpo. Es asombroso que Septiembre lo haya contratado; cuando ella se apura en hacerlo entrar me doy cuenta de que nadie en el barrio lo sabe.

«¿Nadie te vio?», le pregunta.

«Esperé hasta la noche para ser secreto, señora».

Me causa gracia que lo haga trabajar de empleado de limpieza; los panchamas son torpes sobre todo con las manos, como si renacieran con síndrome del túnel carpiano y no pudieran aferrar bien las cosas. Pero no me río: molestar a Septiembre sería la única forma de atentar contra mi cena y mi descanso.

Después de la cena me doy el baño que me prometí. No puedo hacer un baño de inmersión porque la bañera ya está llena con una osamenta de caballo; Gales es veterinario. Tengo cuidado con el cable; incluso en la ducha continúo atado a la batería. No debo irme a dormir sin acordarme de ponerla a recargar.

6.1

Me doy cuenta de que necesito conseguir un trabajo cuando paso la mayor cantidad de horas al día dentro de la casa con una compresa húmeda en la nuca; cuando vuelvo a conectarme a los nodos, habiéndome prometido no hacerlo, para conversar con los muertos sobre eventos sucedidos hace más de cincuenta años; cuando no tengo ganas de acostarme a la noche pero tampoco tengo ganas de levantarme a la mañana; y, sobre todo, cuando Septiembre y Gales discuten por mí. Los motivos de cada discusión se me ocultan, pero es claro que a mi familia le cuesta mantenerme. Nunca fui inútil como hombre, tampoco lo voy a ser como mujer.

Mientras desayunamos les anuncio que voy a buscar empleo. Gales me mira por encima de los anteojos que le proyectan la agenda del día. «Mirá que está difícil conseguir trabajo». Sonrío y siento que mi sonrisa es femenina. «Eso es lo que dicen los módulos de noticias». Septiembre me toca el brazo con las puntas de los dedos; están pringosos. «Me parece muy bien que quieras volver a relacionarte con el mundo laboral». Busco la mermelada y no la encuentro. Los chicos golpean sus vasos contra la mesa. «¡Nosotros también queremos trabajar!». Ellos también tienen mermelada en la cara. Septiembre los quiere frotar con una servilleta. Gales me ofrece una tostada.

Me tiembla la mano y la tostada se cae al piso. Intento juntarla pero me cuesta agacharme. Cuzco se acerca con un trapo y limpia en cuatro patas la mermelada negra con movimientos lentos y profundos. Gales tuvo que ceder ante los ruegos de Septiembre y lo aceptó de regreso; ni lo mira. Le digo a Cuzco que limpio yo, que así está bien, pero no me escucha.

Después de desayunar, subo a mi cuarto y busco el vestido más lindo que haya en el armario. La mayoría eran de Vera; algunos pocos eran de la madre de mi mujer. Cuando lo pienso me duelen

las tetas. Elijo uno de mi suegra, pero floreado para que me recuerde a Vera.

Desde el borde de la escalera le grito a Septiembre si puede subir a ayudarme.

Cuando llega tiene los guantes de jardinería puestos. «Perdón, perdón», le digo, «no quería interrumpirte». «No seas tonta». «Necesito ayuda para maquillarme», le confieso, «jamás lo hice en toda mi vida». No sé por qué lagrimeo; deben ser las hormonas o el calor. Septiembre se enternece, dice «Mi vida», y se saca los guantes de cuero tosco.

Me hace sentar en el inodoro y cierra la puerta.

«De la capa de más abajo a la capa de más arriba y de arriba para abajo».

Me lo hace repetir.

Mientras me maquilla, me enseña el instructivo de memoria:

«Primero te ponés una base o crema hidratante. Después, un corrector en las manchitas o cicatrices. Luego viene la base de maquillaje, que tiene que ser del mismo tono de la piel o lo más parecido posible; la ponés con esponja o con los dedos, también en el comienzo de las orejas y en el cuello. Un polvo encima de la base para fijar el maquillaje; es traslúcido para que la cara no te quede tan brillante y se mantenga el color. Ahora los ojos: primero, sombra en los cuatro lugares estratégicos del párpado; después te delineás los ojos y te ponés máscara en las pestañas. Todo lo que va debajo de los ojos tiene que darse con toquecitos con el anular, porque la piel del párpado inferior es muy débil, y los dedos índice y mayor tienen mucha fuerza. Te pasás un hisopo por las cejas para sacarte el maquillaje que haya quedado y, de paso, las cepillás para arriba o para donde quieras. En los pómulos te das brochazos con el rubor. Por último, te delineás los labios para marcarte la forma y, finalmente, el lápiz labial. Creo que sos mi obra de arte. Debería sacarte una foto o congelarte así como estás».

Le digo que sí, y qué notable cómo se me destacan los ojos; no quiero decirle que debo haber hundido la cara en una torta de cumpleaños, que tengo miedo de moverme y que se caigan los

pedazos de crema al suelo. Me obligo a mirarme al espejo para reconocer la prolijidad y delicadeza de Septiembre, y lo haría si tan solo pudiera respirar.

Me levanto del inodoro y el maquillaje no se despegaba de mi cara. Muevo la cabeza hacia los costados, sonrío, hago monerías, y todo sigue en su lugar. Le doy un beso a Septiembre en el cachete. Ella se pone los guantes y me ofrece el brazo para salir juntas; mientras bajamos por la escalera siento que estoy en el cumpleaños de quince que nunca me festejaron.

6.2

El chofer del taxi me pregunta a qué palacio voy que estoy tan linda. Seguramente se debe al maquillaje; no me tengo que olvidar de contarle a Septiembre. Me dio un celular por si necesitaba comunicarme, pero no sé activarlo.

Es la primera vez que vengo al centro en poco menos de cien años. La cifra no me dice nada. El chofer conversa pero sus palabras se deshacen frente al paisaje urbano. Los edificios que ya no están se superponen en mi cabeza como una hoja de calcar encima de la realidad. Asimilo las nuevas construcciones; muchas las conozco gracias a los mapas en la red. Sesenta horas de noticias buceando dentro de calles y subterráneos que reproducen todo, incluso la suciedad. Los mapas son la literatura del futuro. Mapas y paisaje urbano, fusionados en un único material permeable. El único lugar donde el arte va a sobrevivir, junto a los grifos de los baños y las garitas de transporte.

Al bajarme del taxi, el calor es espeso. Una mujer me pregunta dónde compré mi vestido. Le explico que lo heredé. «Muchas gracias», dice con una sonrisa y se aleja. La miro y después toco timbre en la puerta del edificio. Me preguntan quién soy.

«Ramiro Olivaires».

En la placa del edificio todavía se lee: «Graciano, Olivaires, Lavallega, Arq.».

Me hacen pasar.

En la recepción, una secretaria me pregunta qué se me ofrece. Le pido hablar con los socios. Entrecierra los ojos antes de contestarme: «No creo que se encuentren en este momento». Intento ser amable: «Puedo esperar». Hace una llamada. Mientras espero, observo en el tablero de la mesa un módulo de modas de la primavera pasada; los temas circulan entre el exotismo de la India y la gama del azul al verde.

Cuando levanto la cabeza la secretaria me está mirando.

Le sonrío y abarco todo el ambiente con la mano. «Yo fundé este estudio hace casi un siglo».

«Sí», me contesta.

«La oficina era antes un consultorio de cirugía estética. En ese momento era un mercado dirigido hacia los ricos, no como ahora. Se la compramos a un cirujano que estafaba a sus clientes y les inyectaba cemento».

La secretaria atiende el teléfono. Asiente varias veces en silencio; desde mi perspectiva no puedo ver a su interlocutor. Cuando corta se queda en silencio, la cabeza inclinada en una reverencia sin final.

«Señora... señor. Disculpe, pero va a tener que retirarse».

«Puedo ser breve. No los molestaría en lo absoluto. Con mi experiencia podría ofrecerles una ayuda muy importante en aspectos que posiblemente ni siquiera tengan en cuenta. Una reunión de cinco minutos, no pido más».

«Dicen que no les importa».

«Por favor. Yo fui compañero de sus abuelos».

«Dicen que tampoco les importa».

«Entiendo».

Siento la frente sudada, inundada.

«¿Quiere que le traiga un vaso de agua?».

«Sí», le contesto.

Busca un vaso dentro de los cajones del escritorio; con el dedo le saca una suciedad y después lo sopla. Cuando me lo trae lleno de agua del dispensador puedo ver su huella digital en el vidrio. El agua fría me lastima la garganta, pero no paro hasta vaciarlo. Me limpio la boca con la palma y veo que sale maquillada. Me froto la palma contra el vestido y lo dejo manchado. Le devuelvo el vaso a la secretaria; tengo que contenerme para no pedirle un pañuelo con el que limpiar las huellas que dejé marcadas.

A la salida, rayo con mi teléfono la placa que lleva los restos de mi nombre.

6.3

Otros tres intentos de trabajo son un fiasco ya que no reúno las condiciones que buscan para esta ocasión en particular; al menos eso me argumentan.

El primero es en una casa de té; soy «demasiado joven».

El segundo es en una carnicería; soy «demasiado vieja».

El tercero es en un complejo deportivo; soy «demasiado mujer». Quizás si vuelvo con otro cuerpo acceda al siguiente paso de la entrevista. Me pasan un número de teléfono por si decido hacerme la operación.

En los tres casos soy «demasiado gorda», pero eso no me lo dicen. Nunca más me voy a quejar de mi cuerpo. Aunque se me pulvericen las rodillas y se me hinchen las tetas como congeladas por dentro.

6.4

Evito la casa amarilla hasta que puedo hablar de mi derrota sin tener ganas de vomitar. Una semana adormecido entre las sábanas, el agua jabonosa de la bañera y el olor a quemado del patio. Por primera vez desde que abandoné la flotación, mis comidas son exiguas por voluntad propia. «Justo ahora que tenés que comer más», protesta Septiembre, «chupar damascos y escupir carozos no te va a poner más fuerte».

Para ir a lo de Azafrán me vuelvo a maquillar. Lo hago por mi cuenta, aunque de una forma más sencilla que la otra vez. Septiembre me da la aprobación, aunque desconoce a dónde voy. «Esperá», me dice, y me trae un abrochador de pelo con forma de gato ovillado. Mientras lo engancha imagino que mi cabello es el sillón del gato y eso me alegra.

Hay brisa pero las habitaciones están muy pesadas. Al irme, entorno el mosquitero; Gales proclamó una cruzada contra los mosquitos y deja todas las paredes manchadas de sangre y exoesqueleto.

Las pocas cuadras hasta la casa amarilla me impiden sudar demasiado. Solo yo las camino. Las ramas de los árboles están sobrecargadas y las veredas también. Azafrán está en la puerta, fumando un cigarrillo; el humo también espanta a los mosquitos. Tiene la pollera levantada hasta las rodillas. La pulsera está en el tobillo opuesto al de la vez pasada.

«¿Es cierto que los muertos tienen más calor que los vivos?».

Le digo que no lo sabía mientras me siento al lado suyo.

«Me contaron que los muertos se bañan en piletas llenas de hielo. Lo mismo que los que sobrevivieron a la caída de un rayo. Se sobrecalientan como las computadoras viejas. Quizás porque adentro están llenos de polvo».

«Yo no estoy llena de polvo», me río. «Tengo pulmones, páncreas y corazón. Creo que solo me falta un riñón».

«¿No estás segura? ¿Te lo robaron mientras dormías o qué?».

«Este cuerpo no venía completo. Es lo único que mi familia pudo conseguir que se ajustara al presupuesto que tenían. Funciona, y

con eso alcanza».

«¿No extrañas tu viejo cuerpo?».

«Creo que no. Es la primera vez que lo pienso, pero me parece que no». Pienso en mi erguido miembro fantasma. «Solo algunos detalles».

«¿Y antes eras linda?».

Debería haberle dicho que soy un hombre, pero le mentí la primera vez y ahora es tarde: el engaño se adhirió con fuerza y no puedo despegarlo sin arrancar también lo valioso.

«Sí, era muy linda».

Por supuesto que es la respuesta errónea. Lo bello y lo feo exigen desarrollo y palabras precisas; de lo mediocre conviene hablar poco y por encima. Maldigo mi narcisismo de querer impactarla incluso en lo ficticio.

«¿Cómo eras? ¿Tenés alguna foto?».

«Mejor no», simulo una humildad inesperada.

«Mirá que te busco en la red».

«Era pelirroja, ojos color miel, alta pero con las manos delicadas».

Creo que estoy describiendo a mi novia de la secundaria. Adela la odiaba con entusiasmo y me pedía que se la describiera para poder criticarla más minuciosamente. Las manos chiquitas transmutaban en manos de enano de feria; el vientre flaco pasaba a ser un ombligo enfermizo; el pelo de cobre resplandeciente se volvía de mala suerte; el perfume atraía a los perros y del aliento brotaban moscas. Lo más importante del ritual era que Adela quería escucharlo de mi boca. Más allá de esa fijación era una chica buena y generosa; de hecho, se llevaba muy bien con el resto de mis exnovias.

Azafrán simula con los dedos un portarretrato donde enmarca mi cuerpo actual. Adopto una expresión apropiada para una caminata por la pasarela. Después me confiesa: «A mí me molestaría ser gorda si antes hubiera sido flaca».

Querría decirle que al envejecer uno engorda o se seca pero nunca se mantiene como cuando era joven. Después pienso que de todas formas la juventud ya no tiene por qué temerle a la vejez. Me pregunto qué pasará con los cuerpos de los ancianos que los funcionarios deciden que aún falta para que sean cremados pero que nadie acepta tener. Siempre hay casos desesperados, pero por lo general la repugnancia es más fuerte que la desesperación.

«A mí no me molesta», respondo. Le estoy diciendo la verdad. Hay algo en esta señora bajita que me enternece y representa mucho más que mi anterior cuerpo flaco y defectuoso.

«¿Me vas a contar sobre tu abuela?».

«Sí, claro, después. Antes quería preguntarte algo, bueno, me da vergüenza».

Justo cuando empiezo a perder la paciencia, Azafrán inclina la cabeza y exhibe su cuello flexible y tostado.

«Lo que quieras. Preguntame lo que quieras».

«¿Cómo fue morir?».

Cuando me busca con sus ojos oliva entiendo que es una trampa. Quiere ablandarme con su mirada, amansarme, librar una respuesta que ella intuye que no quiero soltar. Es la cosa pesada y húmeda y real que está a la vista de todos aunque nadie la pueda explicar: para entrar en flotación hay que morir; no hay trenes semirrápidos que se salteen un par de estaciones, en los que el pasajero pueda dormir una siesta para despertarse luego dentro de la pecera nueva. Las máquinas no pueden fingirlo. Los artistas no pueden simularlo. Es mi muerte y la de nadie más. No puedo formular mi negativa como corresponde.

«La muerte es secreta, universal y obligatoria».

Azafrán me golpea el brazo; en vez de apartarlo, lo desplazo más cerca. Ella lo aprieta. La violencia corporal es un alivio cuando pienso demasiado. Quisiera permanecer quieto y disfrutar de su fascinación mórbida, pero decido levantarme e irme.

«No te vayas».

«Habías prometido contarme y no lo hacés».

Odio que todo le parezca un juego, odio que tenga dieciséis años, que sea hermosa y descienda del amor de mi esposa con otro hombre.

«Te lo voy a contar si volvés a sentarte conmigo. Es solo que no quería que te fueras después de que te lo contara. Es demasiado breve».

Me alegra que sea breve; las historias largas se clavan y no salen más. Me siento de nuevo.

«Mi abuela siempre me pareció una persona silenciosa, así que no construí mucho sobre su vida; solo, digamos, lo normal: todos tenemos algún secreto que nos define y nos distingue de los demás. Pasa que a veces ese secreto puede llegar a destruir a otra persona. Mi papá no se enteró de que mi abuela tenía otra familia hasta hace unos años. Yo era chiquita pero me acuerdo. Papá lloraba y yo no podía entender cómo era posible que la abuela Adela hubiese tenido dos familias; era tan inverosímil como tener dos cabezas o dos corazones. Resulta que mi tía no solo sabía, sino que había sido criada junto con los hijos del primer matrimonio de mi abuela. Cuando papá era un bebé, estos hijos ya eran grandes y se pelearon con su padrastro, es decir, mi abuelo. Decidieron no contarle nada a papá, incluso después de la muerte de la abuela. Vos ya sabés que ella no quiso entrar en flotación y se murió de forma definitiva. Después de que papá se enteró pude conocer a los hijos misteriosos de mi abuela. La tía Vera y el tío Teo. Vera está en flotación, te encantaría hablar con ella. Teo vive a cuatro cuadras, pero es muy raro, me da un poco de miedo. Por todas estas cosas me rayé con los árboles genealógicos. Si mi papá los hubiera estudiado como yo se habría enterado antes del secreto de tu amiga Adela».

No es tan breve y hago más preguntas. Azafrán las responde como puede. Es difícil de asimilar y es difícil de expresar con palabras que no permitan ambigüedades. Pienso en el abuelo de Azafrán, que no quiso que las familias estén en contacto: debe haber pensado que ahorraría dolor. Pienso en Adela, que no quiso hablar conmigo nunca más: yo era su muerto y tuvo que

descartarme para poder continuar. Solo que yo no puedo descartarla, ni tengo adónde continuar. Supongo que ella fue más sabia que yo; no sería la primera vez, aunque sí la última.

Le prometo a Azafrán que voy a regresar a su casa para contarle sobre la época en la que se inventó la flotación y empezaron a ocuparse los primeros cuerpos. Realmente le fascinan esos temas. Mientras camino de regreso, caigo en la cuenta de que toda Azafrán es una copia de las modelos que vi en los módulos de modas; pero ella lo lleva bien. A la noche, me masturbo usando como tutorial un video porno en el que dos chicas borrachas se chupan dentro de la ducha; tener un orgasmo en un cuerpo ajeno puede ser más complicado de lo que parece.

7.1

Mientras compramos juguetes para animales, Gales intenta consolarme por mi fracaso laboral; parece preocupado. Me recuerda que existen agencias que se ocupan de reinsertar en la sociedad a los quemados. Con una perra inflable en la mano, le prometo darles una chance. Odio ser un inútil, pero aún más odio ser un mal abuelo.

Sé lo que me espera en una de estas agencias: la mayoría de los quemados que llevan batería van a trabajar al Estado. Me siento un discapacitado. Cuando volvemos a casa me siento en el sillón, el bazo estrujado después del esfuerzo más pequeño. Cuzco está arrodillado, limpiando las baldosas del patio; los chicos lo ensuciaron con pintura. Todavía no da el sol directo del mediodía, pero debe tener calor. Le pregunto si quiere un vaso de agua. Me dice que no y que gracias, sin levantar la cabeza, a medio metro del suelo.

Las primeras semanas, Cuzco no me hablaba. Intenté aflojarlo todos los días con preguntas y asistencia en sus tareas cotidianas. Su rostro se mantuvo imperturbable incluso en la torpeza. Me respondió por primera vez cuando le pregunté si tenía familia. En ese momento, Cuzco estaba secando los platos. Septiembre vigilaba arropada en una silla de la cocina: un plato roto equivaldría a una nueva pelea con Gales. Cuando Cuzco ya no pudo frotar más el plato que tenía entre las manos me respondió que sí, que tenía una familia muy linda.

«Unos hijos muy cariñosos y un perrito que no deja de ladrarme, señora».

Desde entonces Cuzco suele contestarme cuando le hablo. Muchas veces me encuentro pensando en él. Se va los viernes a la medianoche y regresa los lunes a la madrugada. Nadie, ni siquiera Septiembre, sabe hacia dónde va. «Si se va con la familia», me

chismoteó, «por qué siempre vuelve todo sucio?». Cuzco tiene un baño propio en el cuarto de servicio, junto a su cama; lo primero que hace los lunes a la mañana es darse una ducha larga. Ella le deja siempre una muda de ropa limpia en un cajón del lavatorio.

Equilibra la torpeza con un detallismo absoluto; quizás por eso Septiembre lo defiende tanto. Arrodillado en el patio, mientras el sol comienza a hacer brillar las baldosas, Cuzco parece un sacerdote celebrando misa.

7.2

Necesito que Gales me ayude a desajustar el cinturón de seguridad para poder respirar. Me agito en este cuerpo resbaloso, lleno de carne, que me dio refugio y me aceptó como huésped cuando nadie más lo hacía. Mi nieto se ofreció a alcanzarme en auto hasta la agencia. En el viaje hablamos de fútbol. «Los grandes jugadores no se retiran nunca», dice, «entrenan su cuerpo a voluntad». Digo que sí, pero pienso que no.

Antes de bajarme, le pregunto si sabe algo sobre el síndrome del miembro fantasma; no le menciono mi pito. Gales dice que se acuerda demasiado poco como para ayudarme. «El libro médico que trata ese síndrome se llama *Fantasmas en el cerebro* y lo escribió un hindú». Supongo que es la mejor definición que alguien hizo sobre el alma. Me bajo del auto y le doy las gracias.

La agencia queda en un barrio de la periferia. La casa donde funciona debe ser de mi época; podría haberla construido yo, pero no encuentro mi nombre en la fachada. Una chica pide plata en la puerta; está embarazada o tiene un tumor en el estómago. Gales se despide y me recuerda que si quiero puedo llamarlo a la veterinaria cuando termine. Los chicos me enseñaron a usar el celular; para mi consuelo, no existe ninguna tecla que ejecute la autodestrucción.

Los demás postulantes están más averiados que yo; en algunos casos es posible adivinar cuerpos mal quemados. Los viejos que no

están en ninguna parte están acá. Dentro de esos cuerpos de débitos debe estar atrapada más de una mente joven, ayer desesperada y sin otro lugar donde reencarnar. Es preferible estar muerto, me digo, aferrándome de la baranda.

Una cinta transportadora cubierta de asientos recorre el interior de la agencia; me siento en el más cercano. Empleados invisibles regulan los tiempos de cada parada, que en promedio duran lo mismo, excepto cuando algún quemado se excede en la respuesta. En la primera parada, las voces me preguntan mi fecha de nacimiento y mi fecha de defunción, mi número de documento y mi número de reencarnado; en la segunda parada, mi sexo de nacimiento y mi sexo de elección; en la tercera parada me preguntan qué tipo de experiencia tengo y qué tipo de trabajo busco; en la cuarta parada me ofrecen un té, caliente y de hierbas que desconozco; en la quinta parada me fotografían, incluso de espaldas; en la sexta parada, mi asiento se desvía de la cinta y pasa a un receptor; la séptima y última parada queda fuera de mi vista.

Mis ilusiones de grandeza fueron abandonadas dentro de la cesta de limosnas de la chica embarazada. Cuando las voces me preguntaron qué empleo buscaba, les respondí que cualquiera estaba bien. Quizás trabajar de obrero al aire libre me ayude a ser más saludable; en realidad, lo más probable es que mis músculos no soporten la sobrecarga y la humedad.

Le cedo al Estado la responsabilidad de decidir mi futuro, excepto que me obliguen a permanecer desocupado. El derecho a no trabajar es el más nuevo y el más importante de los derechos humanos, pero a mí me revuelve las tripas que me prestaron.

Me doy cuenta de que la espera se alarga cuando me ofrecen una segunda taza de té; el empleado, un adolescente barbudo, me pregunta con qué lo quiero. Pido azúcar, quizás lo más arriesgado que hice desde que volví de flotación; al rato me siento mal por poner en riesgo el cuerpo que mi familia se esforzó por conseguir.

Todavía no me decidí a terminar el té cuando un hombre con ropa deportiva me ofrece la mano: la tiene muy peluda. Me ayuda a

levantarme. Luego abre la puerta de la oficina más cercana y me hace pasar. «Perdón, acabo de llegar». Se acomoda los anteojos mientras me siento y luego lo hace él. Ya casi nadie usa anteojos, salvo como computadora de trabajo, pero los de él parecen ser solo cristales. Acomoda algunos objetos del escritorio y se presenta como Moisés. En su mano izquierda sostiene un papel con los colores del Gobierno.

«¿Es cierto que usted es uno de los primeros habitantes del país que entró en flotación? Eso es muy interesante. Espero que no le moleste si le hago algunas preguntas».

El hombre tendría que conocer a Azafrán. Me pregunta todo lo que es posible formular sobre mi naturaleza: fechas, parientes, locaciones, conexiones, procedimientos, intervenciones, aparatos y usuarios en la red. Cada respuesta genera al menos tres preguntas. Cuando finalmente no se le ocurre qué más decir, le consulto qué tipo de trabajo tiene para mí porque sus preguntas solo consiguieron desorientarme.

Moisés levanta las cejas, también peludas. «Pensé que le habían avisado. Soy arqueólogo cibernético».

«¿Y qué hace trabajando acá?».

«¡No lo hago! Me llamaron por su caso. Esta no es mi oficina. ¿Acaso ve las fotos de mis nietos? Créame que la mía es más elegante. Pero no lo íbamos a hacer caminar de más con esa batería que carga usted».

Me gustaría agradecer, pero lo único que me genera la batería en este momento es vergüenza. «Me gustaría no tener que usarla más», le confieso. «Cada día siento que pesa el doble que antes».

«Creo que podríamos solucionarlo... si trabajase con nosotros».

«Desconozco qué hace un arqueólogo cibernético. Conozco el término, pero nada más. No sé de qué manera podría ser apto para este trabajo».

«Usted tiene miedo de ser un impostor. No tenga miedo. Su experiencia de vida alcanza. Piénselo así: ¿cómo ayudaría a la labor de los arqueólogos la existencia actual de un artesano sumerio? Internet modificó la realidad al convertirse en objeto; la red tiene una

existencia tan concreta como las ciudades de una civilización. Para el usuario todo se superpone, pero nosotros sabemos que cada versión compone un estrato de tierra diferente. Sobre todo lo que se elimina: los artículos borrados de la wikipedia son más importantes que los que permanecen: ¿cuáles son los criterios para borrar un artículo de una enciclopedia que se propone incluirlo todo? En lo que se hace desaparecer está la clave de la humanidad; nuestra tarea es reconstruir lo destruido, reponer lo perdido, reaparecer lo invisible antes de que desaparezca del todo. Es demasiado trabajo para hacerlo solo; piense las medidas de almacenamiento como cajas llenas de reliquias: megas, gigas, y mi favorito: teras. ¿Sabía usted que esa medida significa *monstruo* en griego? Internet es mi tiranosaurio personal; si la red estuviera viva, sería paleontólogo cibernético. Me conformo con la arqueología. Es tan difícil como apasionante: los soportes cambian, las convenciones se transforman, la red está construida sobre un pantano muy caprichoso. Algunos objetos son absorbidos y otros son expulsados. Lo que le voy a preguntar a continuación es jerga especializada, para muchos. ¿Usted puede decirme cuáles eran las diferencias entre un Betamax y un VHS? ¿Qué ruido hacían los primeros módems? ¿Usted puede decirme en qué consistía un .gif? ¡Su cara me dice que sí! Disculpe mi entusiasmo. Usted es mi artesano sumerio».

Le pregunto por qué yo; no fui el único entonces ni lo debo ser ahora.

«¿Sabe lo difícil que es rastrearlos? Al comienzo no se llevaba a cabo ningún registro. El Koseki se implementó años después de su muerte. Deje de tener miedo y acepte el trabajo».

Nos damos la mano y me levanto. Con timidez me pregunta si soy algo de Septiembre; debe haberme reconocido por su apellido de casada. Le digo que sí, que es la esposa de mi nieto. Se pone realmente contento. «Es una investigadora de mucho prestigio», me dice. Tengo que comprometerme a enviarle saludos muy cordiales de su parte. Es difícil no contagiarme su entusiasmo.

Moisés levanta la mano peluda.

«Estoy obligado legalmente a realizar un último pedido. En la agencia favorecemos la integración con otros compañeros de su vida pasada. Por la antigüedad de su caso nos conformamos con aquellos que hayan sido niños cuando usted murió. Por supuesto, si usted aceptara, también pasaría a integrar nuestra nómina pública». Le cuesta encontrar el catálogo en esta oficina que no le pertenece; finalmente lo googlea para recordar sus coordenadas. Cuando dice encontrarlo, debajo de una cámara polaroid embalada en cinta transparente, me entrega una tableta y me pide que le señale los contactos de mi vida anterior. El catálogo es una base de datos muy completa; los botones sugieren nombre, teléfonos y direcciones. De inmediato, busco el nombre de mi examigo. Lo encuentro rápido: entró en flotación siete años después que yo. Ahora utiliza el cuerpo de un tuerto. Vive a una hora y media de mi casa.

7.3

Regreso en taxi para no molestar de nuevo a mi nieto, que hoy tenía que recibir la jirafa que le encargó un particular. Encuentro la casa vacía, a excepción de Teo en su cama perpetua. Le anuncio las buenas noticias; me obligo a no pensar en mi amigo.

Teo asiente y sonrío. Le aprieto ambas manos cuando hablamos: no están tan frías como antes. Le cuento sobre mi nuevo trabajo, sobre Moisés, sobre la plata que voy a ganar. «¿Qué te parecen las buenas noticias?», le pregunto. «Son mis re-ga-los», me dice. Ambos estamos contentos: yo por estar con mi hijo, y él por estar con su abuela. Nos interrumpen los gritos que vienen de más allá del pasillo. Teo comienza a llorar. Le digo que no se preocupe, que debe ser la televisión. Se tapa la cabeza con la sábana; a través de la tela puedo ver su boca abierta, como un fantasma del nuevo siglo.

Cierro la puerta y me acerco en silencio a la cocina. Gales está sentado en el piso, contra la pared; Septiembre está rompiendo todos los platos. La voz de la cocina va anunciando cuántos quedan

a medida que se van estrellando contra el suelo: «Cinco platos hondos». Los dos lloran y se gritan palabras inmundas, cariadas desde antes de ser pronunciadas. «Cuatro platos hondos». Los saludos cordiales de Moisés serán entregados en otro momento. «Tres platos hondos».

8.1

Me levanto con una erección de paquidermo, hasta que me despierta el dolor. El pito fantasma se me quebró mientras dormía. El cuerpo que habito no deja de sorprenderme; pensé que me iba a fascinar tener concha, pero es mi boca el agujero que me hipnotiza. Podría meter mi brazo entero en crema y lamerlo y morderlo hasta dejarlo en hueso. La carne me puede. Para obtener un kilo de lomo ya no se crían vacas, sino cultivos celulares para producir carne vítrea; incluso algunos sectores vegetarianos la aprueban. Ahora se justifica mi gordura y la siento natural.

Los cambios deben estar causados por el reemplazo de la vieja batería por un aparato más moderno. La nueva batería es inalámbrica; la vieja ya no es más que chatarra espacial en el baño de servicio. Tuve que intervenirme para lograr una instalación exitosa. Volví al hospital por primera vez desde que salí de flotación, pero no tuve miedo: Septiembre me acompañó. Solo estuve unas horas adentro; supongo que lo que sentí debió ser muy similar a un aborto bien hecho. Ahora llevo la batería nueva en una mochila, y tiene suficiente potencia como para dejarla junto a mi escritorio cuando entro en el trabajo. Aún debo recargarla todas las noches, pero por lo menos puedo bañarme sin estar atado a un cable como una ballena arponeada.

Conseguí la batería gracias a Moisés. Con él tengo una relación de respeto que no permite franquear los tópicos laborales; la única excepción es cuando pregunta por Septiembre, pero me resulta imposible contarle que está por separarse de mi nieto por razones que desconozco.

Los chicos tampoco se enteran; su habitación es más ruidosa que la erosión callada y constante de sus padres. La última vez que entré, el cuarto de juegos imitaba el desierto de una película de militares contra indios. Jugaron a matarme por gaucho desertor y la

arena se me metía bajo las uñas. Cerré los ojos mientras ellos disparaban y, esa vez, no dije nada.

8.2

«¿Cómo funciona el mercado negro?», le pregunto a Moisés durante una pausa en el trabajo. Sigo pensando en mi examigo cuando estoy en la oficina, cuando estoy en el inodoro y cuando no me puedo dormir por las noches. Moisés es paciente para escuchar lo que le cuento y para explicar lo que necesito.

«¿El mercado de cuerpos?».

Me mira a través de los anteojos que no sirven para nada.

«Sí», le respondo.

«Cuerpos sin notificar. Intervenciones fuera de la ley. Alquileres por un día. Menores de edad. Grupos de cuerpos desechables para actividades de riesgo. Guerrillas. Experimentos químicos. Clítoris del tamaño de un pulgar, si eso te interesa».

«¿Para permanecer impune?».

«Bueno, hay psicólogos y análisis forenses para determinar si la persona es la misma. Los peritos lingüísticos e informáticos son muy importantes también. Pero en general para poder trazar la relación en un cuerpo de contrabando se necesita, para empezar, una buena pista. ¿Estás pensando en cometer un crimen?».

«Estaba pensando en matar a alguien».

«¿Para que pueda cambiar de cuerpo?».

«Por venganza».

«¿A esa persona le gusta mucho el cuerpo que tiene ahora?».

«Es tuerto y feo».

«Entonces matándolo le estarías haciendo un favor. Al ser víctima, el Estado le facilitaría un cuerpo mejor a modo de compensación».

Como me quedo callado Moisés aprovecha para preguntarme sobre el intercambio de contraseñas como prueba de amor cuando yo era joven. Mientras respondo se rasca la barba con su mano peluda. Lo que yo diga se ingresa de inmediato en la computadora que sigue a Moisés a todas partes, salvo cuando sale a correr, y, en algunas ocasiones, entonces también.

8.3

Pese a mis nuevos ingresos, todavía vivo en la casa de mi familia: porque quiero permanecer cerca de Teo, pero también porque continúo necesitando asistencia. Cuzco siempre me ayuda aunque no le paguen por hacerlo. De alguna manera mezquina, me alegra que así sea: la ausencia de dinero me permite sentir que estoy acompañado no por un empleado, sino por un amigo.

Se dice que los panchamas tienen la sangre y los huesos diferentes, que tienen los pitos más grandes o que son animales; algunos se refieren a ellos como «los cuatro dedos» o «las bestias de cuatro patas». El Koseki los señala en las entrevistas de trabajo y terminan con los peores trabajos; viven en los lugares menos higiénicos y nadie habla de ellos en los medios salvo para culparlos por la desocupación de los jóvenes. Quienes opinan así deben haber sido quemados con entrañas de piedra. No lo conocen a Cuzco; tampoco querrían hacerlo. Es educado y eficiente, callado pero amistoso, leal hasta la última vértebra. Algunos argumentan que es la ley de la naturaleza cambiar a otro cuerpo luego de la muerte; parece que un prejuicio desaparece solo cuando lo reemplaza otro. Septiembre concuerda conmigo, pero no está dispuesta a admitir en público que contrató a un panchama.

8.4

Espero sentado en un sillón a oscuras; desde donde estoy puedo observar a Cuzco con tranquilidad. Está terminando de limpiar los platos de la cena; cuando sea medianoche, va a retirarse para pasar el fin de semana afuera. Los bichitos se adhieren a la lámpara de la cocina. La familia duerme.

Cuzco se lava las manos cuando el reloj sobre la mesada anuncia las doce. Cierra la canilla y se seca con un repasador. Cuando termina lo cuelga de la puerta del horno. Pasa por su cuarto a buscar un bolso verde militar, activa la alarma y sale de la casa por la puerta trasera. Me levanto del sillón y desactivo la alarma para poder seguirlo.

Las copas de los árboles se unen sobre la calle; un polvillo desciende como nieve. Cuzco se aleja a pie y yo lo sigo a lo largo de quince cuadras hasta una estación de tren. Esperamos la formación durante cinco minutos: él contra la línea amarilla y yo escondido detrás de un puesto de diarios herrumbrado. Es el último servicio del día. Me subo un vagón más atrás que Cuzco; mi asiento, contra la ventana frontal, me permite observarlo en cada parada. De vez en cuando, una mujer lo tapa y yo debo estirar el cuello. Muchos pasajeros cabecean o duermen con la boca abierta; los que están despiertos viajan en grupo y hacen chistes ruidosos.

A medida que van pasando las estaciones solo permanecen los pasajeros más feos. Cuando llegamos a la estación terminal descienden una pareja de ciegos que avanza de la mano, una mujer con la cara comida por el vitiligo, un hombre con el brazo de un nene de tres años, Cuzco, otro panchama que camina sin levantar la vista del suelo y esta gorda transpirada. No hay carteles que lo indiquen, pero sé que estamos llegando a Gorila.

La pareja de ciegos, Cuzco, el panchama y yo, en ese orden, cruzamos el arroyo por un puente estrecho y meado. Hay otras entradas a la villa, pero esta debe ser la menos iluminada de todas y eso a mí me beneficia. Lo sigo más de cerca. El panchama que mira el suelo huele a mariscos. El piso bajo el umbral de la puerta de

entrada está embarrado. Lo que era un murmullo se transforma en cientos de viejos que compran y pasean a pesar de ser pasada medianoche.

Gorila está más alumbrada de noche que de día con lamparones de bajo consumo. Todas las calles tienen techo de chapa, aunque suele haber agujeros del tamaño de una bañera donde cagan los pájaros o los murciélagos. En realidad no son calles, sino senderos y espacios huecos entre las construcciones del cementerio, demasiado irregulares para que entren patrulleros o ambulancias. La mercadería circula por arriba y, cuando baja, inunda los pasillos en diez mil puestos claustrofóbicos. Las lápidas y las cruces desaparecieron rápido. Las pocas que quedan se consideran de mala suerte; nadie las rompe porque eso se considera de peor suerte aún. Las casas son de madera y chapa, ranchadas de cartones o tela, contenedores de basura dados vuelta. Conviven con las granjas y con las criptas; la carnicería está junto al horno de cremación, el único lugar del viejo cementerio que aún continúa en funcionamiento. El Registro Koseki no entra en esta villa. Los módulos de noticias repiten que Gorila es el único lugar de la ciudad sin acceso a la red; los que estuvimos en flotación sabemos que no es cierto, solo que la conexión es más precaria. Supongo que los pobres también necesitan a sus muertos.

«Te veo mirando a mi hijo y te rompo la cara», me dice una mujer. A su izquierda, un chico de cinco años está atado a un poste.

Cuzco avanza rápido dentro de la villa y a mí me duele la espalda. Había tomado la resolución de no quejarme nunca más de mi cuerpo, pero el dolor es demasiado punzante; quizás sea el peso de la mochila. El cloro ataca mis fosas nasales. Cuzco entra en una casa tan rápido como salió de la mía: sin pausa ni ceremonias.

La casa es una construcción de madera sobre una bóveda enrejada que en su momento debió ser lujosa, y de cuyo esplendor solo quedan las molduras. La puerta está atada con un cable, y adentro se puede ver ropa colgada donde antes habría ataúdes. Bordeando la verja, las baldosas del piso están picadas; en los huecos crecen algunas verduras. A la construcción del piso superior

se accede por una escalera de cuerda; me asombra que Cuzco, con su torpeza, la haya subido tan rápidamente.

No me animo a traspasar la verja; tampoco creo que la escalera resista mi peso. Permanezco de pie. Un perro ladra desde el piso superior. Me escondo en un puesto de frutas enfrente de la bóveda. Pronto me rodean unas moscas verdosas. Cuzco cruza la puerta de la verja y se aleja por la calle angosta. Espanto las moscas y lo sigo.

Tengo que abrirme paso entre los vendedores de juguetes de guerra, repuestos de computadora, mascotas ovilladas junto a los postes de electricidad. Esperaba encontrar la casa de Cuzco y lo hice; no se me ocurre a dónde puede estar yendo ahora. Quisiera llamarlo para que se detuviese e invitarlo a tomar algo en un bar cuya barra es parte de la calle, pero no sabría cómo justificar que estoy en Gorila. Me juro a mí mismo que no voy a dejar que se vaya sin hablar con él.

8.5

Le pierdo el rastro a Cuzco cuando encuentro a mi examigo exhibiendo a unos interesados el contenido de una heladerita de plástico. Siento mis músculos agarrotados, pero los demás transeúntes me empujan hacia el grupo para que los deje pasar.

Bragueta me mira con la mirada tuerta de su nuevo cuerpo y entiende mi conmoción como el interés de un posible cliente. No tengo dudas de que es él; no solo coincide con la foto del Registro, también repite los mismos hábitos: se aplasta el pelo con la mano, se abalanza sobre cualquiera que le preste atención. Me gustaría tener brazos de varón para reventarle el único ojo que le queda, aunque ni siquiera me responden mis brazos de mujer.

Me muestra el contenido de la heladerita portátil: órganos de baja calidad. Un pulmón se infla y se desinfla como la bolsa de un drogadicto. «Precio al de costo, señora, dígame lo que necesita que seguro que lo tengo», me dice. Es la primera vez que veo a

Bragueta en casi un siglo; jamás pensé que cuando lo encontrara yo estaría dentro de este cuerpo con tetas gordas. Lo odié tanto y ni siquiera es capaz de reconocermme.

Lo agarro de la ropa. «Soy yo», le digo.

«¿Quién?».

«¡Yo!».

El grupo que nos rodea se desbanda y nos deja solos. La espalda me suda y una de las tiras de la mochila me resbala por el hombro; todo está chivado: mis manos, las barandas, las botellas, la villa entera transpira. Bragueta me mira a los ojos, la boca entreabierta. «Ya me acuerdo», dice, y lo suelto. Se acomoda la ropa. Cierra la tapa de la heladerita y la levanta con una sola mano; debe ser más liviana de lo que parece. «Tenemos que hablar», le digo.

Con la mano libre, Bragueta me arranca la mochila y sale corriendo. El tirón me arrastra hacia él y luego caigo al suelo. La mano se me lastima contra las baldosas picadas. Me levanto lo más rápido que puedo: demasiado lento. Bragueta se adentra en los pasillos angostos, la heladerita y la mochila sacudiéndose en cada mano. Él se desliza entre los puestos mientras que cualquier cosa se transforma en un obstáculo para mi obesidad. Necesito estar más cerca de la mochila, y cada vez está más lejos. Apenas logro distinguir a Bragueta entre la multitud. Piso un corazón sintético y me resbalo: se debe haber caído de la heladerita. Se me sale un zapato y después mi examigo ya no está en ninguna parte.

Estoy perdido en el medio de Gorila sin la batería que necesito para vivir. Siento ganas de cagar demasiado fuertes como para buscar un baño. Me cago encima y ya no tengo pañales como cuando acababa de salir de flotación. La caca me cae por los muslos hasta las rodillas.

No sé a dónde ir. No sé ni siquiera cómo estar de pie.

Se me acaba mi tiempo de autonomía. Pido una mochila a los gritos; todos me observan pero nadie me entiende.

Un par de mujeres se ríen de la mancha que ya me llega hasta los pies. Me siento en el medio de una intersección de calles y mi

cuerpo bloquea el paso casi por completo. Alguien me zarandea pero no puedo mirarlo a los ojos. Estoy muy apretado en este cuerpo.

Una mujer con un megáfono promete los beneficios de la religión. Huelo humo y el pánico aplasta mi vergüenza. Camino en cuatro patas y me agarro de un poste para levantarme. A mitad de camino se me desprende el brazo. Logro mantener el equilibrio. Observo el hueso hasta el codo y la carne en el suelo como un guante descartado.

Los párpados me pesan; avanzo unos pasos hasta el único rincón de villa Gorila donde parece no llegar la luz artificial. La panza se me abre como una piñata. Sostengo mis intestinos con el único brazo que me queda. Estoy parado sobre una lápida y me niego a caerme encima. Mis piernas tiemblan, creo que están a punto de deshacerse como pasó con mi brazo. El suelo está muy sucio cuando caigo.

Los viejos me observan desde lo alto. Quisiera decirles algo, pero no se me ocurre qué. Los intestinos están resbaladizos pero no quiero que se desenrollen más.

9.1

Desconozco cómo me rescataron de Gorila; solo sé que de nuevo estuve en flotación. El cuerpo que tenía se murió; supongo que los panchamas tuvieron que barrer los restos putrefactos pegados al suelo. O se los comió algún perro. Ahora estoy en otro cuerpo y siento las punzadas, parecidas a un calambre. Las buenas noticias se acumulan. Hace un rato, los médicos me avisaron que mi cuerpo es tan sano y joven que no voy a necesitar batería por un tiempo. También voy a poder irme muy pronto del hospital. Pero lo más importante es que ya no sufro el miembro fantasma en mi entrepierna: ahora se hizo carne. Me quemaron en el generoso cuerpo de un varón africano. Tengo las palmas blancas y los labios carnosos.

La adquisición se debió a los contactos de Moisés; mi familia jamás podría haberla pagado. Tengo ganas de levantarme y correr, pero aún no puedo hacerlo. Siento mucha hambre y poco sueño. Los buenos tiempos, cuando podía comer lo que quisiera, se acabaron por el momento. Este cuerpo laqueado es soberbio, pero cuando se apagan las luces de mi habitación extraño a mi adorable señora gorda.

9.2

Me suben a la ambulancia como una res a medio congelar. Mi familia me acompaña en otro auto. Cuando me bajan a la silla de ruedas escucho que Septiembre critica la forma de conducir de Gales. Gales se queja de los enfermeros. Los chicos gritan

groserías a los peatones y después se esconden. De regreso en casa.

Espero que Gales salga para la veterinaria para preguntarle a Septiembre cómo fue que me encontraron. «Cuzco fue el que te salvó», me cuenta orgullosa. «Te enchufó a una batería hasta que llegaran los médicos, pero tardaron demasiado y la putrefacción ya era irreversible».

Toco la parte superior del dintel con las manos. Me agrada ser alto y sentir el sol derramándose a lo largo de mi espalda.

«¿Qué hacías en Gorila, Rama?».

Le explico a quién seguí y con quién me encontré. Septiembre es una interlocutora comprensiva y honesta, pero enseguida me pongo hosco. Sé que más tarde, cuando no pueda dormir y pateo las sábanas hasta quedar al descubierto, voy a arrepentirme de mi hermetismo. Pero Septiembre no me pregunta por Bragueta, como yo suponía, sino por Cuzco. Al comienzo pienso que lo hace por curiosidad y por gratitud; luego me cuenta que, a raíz del accidente, los vecinos se enteraron de la naturaleza de Cuzco y quieren que Gales lo despida.

«Entonces ya es tarde. Él me salvó y ustedes lo despidieron».

«Por supuesto que no lo hicimos. No solo porque yo me opongo. Por alguna razón, ahora Gales lo defiende».

Intento esbozar respuestas, pero ninguna parece encajar con la personalidad de mi nieto, y no me animo a preguntarle a Septiembre sobre sus peleas. Hacemos silencio y ella me toca los músculos del brazo con el dedo índice; lo siento como imantado. «Me da impresión tu nuevo cuerpo», confiesa.

Intento cambiar de tema.

«¿Dónde está Cuzco ahora?».

El dedo se despega.

«Dándole el almuerzo a Teo».

9.3

Al entrar descubro la bandeja con las cáscaras de naranja, las gotas de sopa y las migas de pan sobre la mesa móvil. Cuzco no está. Mi hijo está adormilado, la cabeza volcada hacia donde está más oscuro; por la ventana se filtra un único gran romboide de luz que cubre parte del piso y parte de la cama. Me inclino ante Teo, acaricio su piel escarchada y pienso en lo fácil que puedo ser feliz.

Vuelve la cabeza hacia mí y se encoge sobre sí mismo, se hace pis encima. Sus ojos chinitos buscan en todas partes de la habitación.

«¡Vení, vení, a-bue-la!».

«Soy yo, Teo, soy yo».

«A-yú-den-me».

Cubre mi rostro con sus manos.

«No quiero morir to-da-ví-a».

«No te voy a hacer nada. Soy tu papá».

Intento sacar sus manos de mi cara, pero me siguen adonde las mueva, sin golpearme, solo ocultándome de su vista. Se está quedando sin aire. «¡A-bue-la!».

«¡Abuela!».

Lo suelto y me alejo de la cama. Tiro al suelo la bandeja y golpeo la mesa: las cáscaras se desarman, las semillas se esparcen. Cuzco entra en el cuarto sin mirarme y le toma la mano a Teo con un beso en la frente. Salgo de la habitación. Me siento en el pasillo y apoyo la cabeza entre mis rodillas hasta que Teo deja de llorar.

Cuando Cuzco reaparece, me siento derecho y me seco los ojos.

«Está dormido, señor».

«Gracias por salvarme».

«De nada, señora».

«¿Qué puedo hacer para recompensarlo?».

Las manos dóciles de Cuzco cuelgan a sus costados, en silencio.

«Dígame, Cuzco, qué le gustaría que yo hiciera».

«No me gusta que me sigan. No me gusta que me falten el respeto».

La vergüenza no me alcanza ni para pedirle perdón de una forma coherente. Cuzco continúa hablando como si yo no hubiera balbuceado nada.

«Yo puedo llevarlo, si usted me lo pide. El viernes próximo».

Le respondo que por supuesto y que sería una gran muestra de confianza en mí y que le agradezco y que me encantaría. Me levanto y lo ayudo en silencio a juntar la bandeja y limpiar la mugre que dejé en el suelo. Las migas se me pegan a la suela de los zapatos. Al volver a la cocina, paso frente a la puerta abierta del cuarto de los chicos; continúan jugando a la guerra por computadora, esta vez en un paisaje selvático. ¿Es que nunca descansan?

9.4

Moisés no soporta que yo sea amigo de un panchama torpe y con aliento a rata. Se enteró por un conocido de un colega. «Y qué vergüenza Septiembre, contratándolo en secreto». Nunca más debo llevarle sus cariñosos saludos. También amenaza con quitarme el cuerpo que me consiguió; sé que no puede hacerlo, así que debo esperar a que se le pase. Defiendo a Cuzco pero sin demasiado fervor; no quiero quedarme sin trabajo, y eso sí que Moisés puede quitármelo. Bajo la cabeza y transcribo las ediciones más relevantes de un artículo de la wikipedia sobre el raión ucraniano de Dubno; luego otro sobre la esvástica en el hinduismo; luego otro sobre las misiones diplomáticas de Nueva Zelanda antes de la inundación...

9.5

Los vestidos de varón no son tan cómodos como los de mujer. Ahora me conformo con llevar musculosa, aunque sí continúo poniéndome perfume. El pelo, cortado casi al ras, carga con la humedad de la ducha hasta que el sol de la calle la hace desaparecer.

Hago sonar el timbre de la casa de Azafrán. Dudo si no lo movieron de lugar hasta que recuerdo que soy yo el que está en un cuerpo diferente. Quizás sea la primera orden que imparte el cerebro: este es tu nuevo hogar, no hubo anteriores, no habrá posteriores. Azafrán misma abre la puerta.

«¿Vendés bijouterie? Me gustaría una pulsera de oro».

Le muestro las palmas blancas de mis manos y le explico que soy la amiga de su abuela. Azafrán abre la boca y recién después dice «¡No!», desciende los escalones para darme un abrazo y colgarse de mis hombros.

«Por eso tardaste tanto en volver», me dice al bajar. Entramos y me sirve limonada con jengibre. «La hice yo sola». Todas las puertas y ventanas de la casa están abiertas; las cortinas flamean como su pollera.

Por supuesto, Azafrán me hace contarle todos los detalles del accidente. Se regocija ante lo pútrido y gime ante lo sórdido. En mi relato Gorila se transforma en un terreno lúbrico donde los panchamas quieren violar a las señoras con sus pijas muertas sobre un colchón de hígados y lápidas. Mientras me escucha se recuesta boca arriba en el sillón e inclina la cabeza hacia atrás. Sus tetas no dejan de mirarme desde el escote.

Le explico que para realizar el nuevo procedimiento tuvieron que separar quirúrgicamente mi estructura psíquica del cerebro vegetal que me estaba conteniendo; de otra manera, el dolor habría sido intolerable. «Después me tiraron al estado de flotación para que pudiera seguir respirando, como un pescado en su balde».

«¿Te acordás de algo?».

«Estaba bajo los efectos de un sedante muy potente. Era como un sueño muy incómodo».

«Como hacerse pis mientras una sueña».

«Eso mismo. Recién entonces me quemaron en este cuerpo».

«¿Sabés de qué murió el anterior huésped?».

«La verdad que no. Sé que el cuerpo que tuve antes fue de una mujer que se desnucó en un accidente de tren».

Me arrepiento de haber confesado eso. A pesar de jamás haberla conocido, siento un vínculo inextinguible con esa mujer, demasiado privado como para que los demás lo toquen con sus opiniones. Una buena mujer que, al morir, hizo de su cuerpo un nido confortable para que yo pudiera seguir viviendo. Me pregunto si habrá sido quemada en un nuevo cuerpo o permanecido en flotación.

Tomo un trago de limonada. Una hoja de menta se me pega a los labios gruesos. Azafrán se aproxima y me la quita. Yo la sostengo de la cintura y le doy un beso. Abre los labios y después los cierra, se los abro con la lengua, ella aprieta los dientes.

«¡No, sos lesbiana! ¡No quiero!».

«Soy un hombre. Siempre fui un hombre».

«¡Sos lesbiana y me querés seducir!».

Aprieta las piernas contra el cuerpo y me acusa con los ojos color oliva desorbitados: «Te dejaste morir a propósito para conseguir un cuerpo de hombre y seducirme». Me río. «¡Es verdad!», grita ella.

Soy honesto y le cuento lo que debería haberle dicho desde el principio: que soy el primer esposo que su abuela tuvo antes de casarse de nuevo, que estuve buscando la descendencia de Adela durante mucho tiempo, que fui un hombre quemado en cuerpo de mujer porque no me alcanzaba para otra cosa. Le pregunto si me cree.

Azafrán continúa en guardia, con las rodillas a la altura de la cara y un almohadón entre las piernas. Dice sí pero cuando me acerco a besarla su cuello de cisne dice no.

9.6

Viernes nuevamente. El fracaso me afecta más de lo que me gustaría. Cualquiera podría pensar que vivir más de cien años debería ayudar al fortalecimiento de la personalidad, pero no. Seguimos siendo los mismos animales primitivos desde que nacemos hasta que nos morimos, y después de que nos morimos también.

La expectativa por la salida con Cuzco ayuda a digerir mejor la frustración. Ya no tenemos que esperar hasta la medianoche. El repudio hacia la presencia de Cuzco en nuestra casa es prácticamente unánime en el barrio, e incluso aparecieron pintadas que Septiembre se encargó de borrar.

Me ofrecí a ayudarla, pero se negó. Nuestros vecinos la miraban, y yo los miraba a ellos con un escobillón en la mano.

Después de cenar, Cuzco limpia los platos y yo los seco. Tarda en hacerlo; desde que se hizo pública su condición se esfuerza en romper menos vajilla. Cuando terminamos busca su bolso, que ya tiene listo en su habitación. Esta vez salimos juntos y por la puerta principal. Septiembre se ofreció acompañarnos, pero Cuzco declinó de la forma más amable que pudo, sin ofrecerle ninguna razón para justificar su negativa. Sé que nos observa desde el comedor, envuelta en un chal oscuro.

Mientras viajamos a la villa en tren, Cuzco me cuenta sobre su vida. De chico trabajaba en el campo de un tío suyo; cada tanto tenía que capar un toro o carnear un lechón. Se murió por una enfermedad que no fue tratada a tiempo; no sabe cuál o no se acuerda. Cuando hace una pausa, se muerde las uñas. Dice que siempre se sintió cómodo en su cuerpo y, al morir, rechazó todos los procedimientos de traspaso. En el campo lo escupían por panchama y tuvo que mudarse a la ciudad. No le parece que aferrarse a su cuerpo original sea desagradable. «En todo caso es infantil», dice, «y eso no tiene nada de malo».

Le pregunto por las desventajas físicas. Cuzco levanta los hombros. «Mi cuerpo no envejece, pero sí se deteriora; con los años va a volverse más torpe. Algún día, mi cuerpo se va a morir de una forma horrible, y yo con él. Me parece justo».

Entramos a Gorila por un portón tallado por artistas callejeros, amplio y bien iluminado. En esta ocasión no huele tan mal; seguramente mi cuerpo anterior tenía el olfato más desarrollado. Cuzco me muestra los mejores negocios. En uno de ellos, atendido por un indígena con tos, me compro un cartucho de Family Game; supongo que va a alcanzar para hacer las paces con Moisés. En otro puesto me choco con un negro igual a mí, salvo en la ropa: se me queda mirando fijo hasta que me duelen mis propios ojos, como si fueran piedras que revienta con las manos desnudas. Mi guía me aleja tomándome del brazo.

A través de atajos imposibles de recordar llegamos a su casa. De a poco me siento mejor, aunque el aire es poco y malo. Cuzco me ofrece la escalera de cuerda hacia el piso encima de la bóveda; con estos músculos me resulta sencillo subir. La construcción de madera es precaria pero hogareña. Un grupo de nenes duerme en varios colchones dispuestos en el suelo. «Hijos, sobrinos y nietos», me dice Cuzco, y luego hacemos silencio para no despertarlos. A través de las ventanas de la pared puedo ver la parte superior de la villa, con todos los murciélagos y los recorridos por donde se transporta la mercadería. Escucho zumbir al viento. Sopla largo y después se apaga, y otra vez. Cuzco vacía el contenido del bolso y lo llena con ropa limpia. Me hace señas para que bajemos. Ya fuera de la casa, me dice que el perrito lo tiene su mujer en el trabajo. Le pregunto si no los extraña durante la semana. No me responde.

Salimos de la villa, pero no por el camino de regreso a nuestra casa. Nos tomamos un colectivo; Cuzco paga con monedas que hacía tiempo no veía. Esta vez no hablamos, solo miramos por la ventana cómo los edificios desaparecen.

Nos bajamos en el medio del campo, media hora después. Una fila de torres eléctricas nos guía; traspasamos una tranquera y

llegamos a un establo. Adentro está oscuro y los caballos resoplan entre sueños.

«Cuando no me alcanza el dinero vengo algún fin de semana a trabajar acá. Ese grupo de luces que ve allá», me dice Cuzco, «son las casas del dueño de este lugar. Es una buena persona, como la señora Septiembre. Los panchamas trabajamos con buenos jefes o no trabajamos. Acá yo trabajo tanto que no llego a bañarme; si lo hiciera, perdería el único colectivo que me deja en su casa de regreso. Y cuando duermo, lo hago acá, junto a los caballitos».

Los observo desde la entrada de cada caballeriza. Un potro bragado dormita de pie; debe estar haciendo guardia por toda la tropilla. Cuzco le acaricia la grupa.

«Una de esas noches, el dueño pensó que yo no trabajaba y se vino con un amigo suyo al establo. Se besaron y tuvieron sexo. Yo me quedé quieto en mi lugar, sin respirar como un muerto bien muerto. Después me di cuenta de que el amigo del dueño era el señor Gales».

Cuzco se muerde una uña; yo no digo nada.

«Su nieto, el señor Gales, es veterinario de estos caballos».

«¿Septiembre sabe?».

«No quise contarle a la señora».

«¿Gales sabe?».

«Le conté lo que había visto. Ahora me tiene miedo. Ya se lo dije antes, señor: los panchamas tenemos buenos jefes o preferimos mendigar».

Cuzco les cambia el agua a los caballos y le deja un terrón de azúcar a cada uno. «Ahora me gustaría volver a mi casa, así puedo estar un rato con mi familia», me dice. El colectivo tarda en volver, pero la espera me ayuda a pensar.

Regreso al amanecer, cansado y grasoso. Me doy un baño en el cuarto de servicio de Cuzco; el agua sale tibia y escucho los caños que golpetean. Me pongo una de las mudas de ropa que Septiembre deja todos los fines de semana; después voy a dejar una mía a cambio.

Me conecto a la red y la busco a Vera. Está disponible, leyendo sobre botánica en el nodo de una biblioteca digital especializada. Su avatar es un caballo que me recuerda al bragado del establo nocturno. Me pregunta qué hora es acá y yo le pregunto hace cuántas horas de noticias está. No quiere responderme, dice que muchas. Le explico la situación y lo que necesito de ella. Dice que por supuesto que sí. Arreglamos que le voy a avisar cuando esté todo listo, y que mientras tanto continúe leyendo.

Espero en la cocina; los módulos de noticias señalan el problema laboral de la juventud como una burbuja a punto de explotar. También exprimo unas naranjas y como cuatro tostadas con mermelada de cayote. Siempre fui devoto de la ducha y el desayuno. Cuando aparece Septiembre, le pido si por favor no me puede ayudar con Teo. Entramos al cuarto de la mano para que mi hijo no se asuste; la mano de Septiembre está tan tibia como otra tostada. En la otra llevo la computadora portátil.

Teo me observa temeroso desde la cama, pero Septiembre lo tranquiliza. Incluso llego a darle la mano antes de que la corra. Activo el micrófono y los parlantes de la computadora.

«¡Hola, hermanito!».

La voz que tenía Vera al momento de entrar en flotación me hace temblar; quizás porque es la primera vez que la escucho con oídos naturales en vez de con dispositivos mecánicos.

«Vera, her-ma-no-ta».

La computadora identifica las voces y muestra una fotografía de ambos cuando eran chicos. Esa foto la saqué yo, pienso, yo estaba vivo en ese momento. Teo se sienta con las piernas cruzadas, doblado hacia la pantalla de forma reverente.

«Me dijeron que desde hace unos días te negás a comer».

«Demasiado sol, demasiada co-mi-da».

«Me dijeron que tenés miedo».

Teo me mira un instante antes de regresar a la pantalla.

«Sí».

«No seas bobo. ¡Es papá! Solo que está disfrazado. Como cuando éramos chicos y nos disfrazábamos de monstruos para asustarla a mamita».

Teo me vuelve a mirar, pero esta vez dura más antes de regresar a la pantalla.

«¿Disfrazado de pan-que-que? ¡Que-ma-do! ¡Panqueque quemado!».

Me señala con el dedo y cae hacia atrás de la risa que le doy. Le salen lágrimas del papel rasgado que tiene por rostro. Yo grito «¡Torta de perros sucios!» y me tiro encima de él. Teo me abraza fuerte y se ríe a carcajadas.

Dejamos a los dos hermanos cuchicheando en privado, como siempre hicieron desde que Teo tenía tres años y le contaba al oído a su hermana mayor dónde estaban escondidos los juguetes. Septiembre se va al cuarto a jugar con sus hijos. Yo lo encuentro a Gales en el baño; se está afeitando. Entro y cierro la puerta.

9.8

Gales sale del baño y yo permanezco sentado en el bidet. Se quebró y me reveló por qué su matrimonio está en crisis. Quiere un cuerpo de mujer. Yo me senté y lo escuché. Septiembre no sabe la razón, pero sí que algo está mal. Gales tiene terror pánico de que ella se entere. La presión le resulta insoportable; incluso pensó en suicidarse sin avisarle a nadie para conseguir el cuerpo indicado para él, donde sentirse vivo de verdad. «Tu experiencia me abrió los ojos», me dijo; eso explica por qué sus peleas con Septiembre empezaron cuando yo llegué. Prometo ayudarlo. Ahora soy su

confidente. Es la primera vez en mi vida que soy el abuelo que siempre quise ser.

No se lo digo, pero yo también soy un cobarde. A pesar de tener la dirección de Bragueta, no me animo a buscarlo. También tengo la fuerza que antes no tenía. A diferencia de la primera vez que me quemaron, no tardé mucho en recuperarme del procedimiento; quizás porque es un cuerpo más joven, o quizás porque estuve en flotación solo unos días en vez de casi un siglo.

Incluso ahora puedo jugar al fútbol. Los chicos me acompañan al jardín a los gritos. El pasto raspa y mancha; los muslos tiran y las rodillas crujen. Pero esta vez es diferente. No habrá dolor, no habrá calambres, no habrá cansancio.

10.1

Septiembre entra en mi cuarto a mitad de la noche. Estoy acostado en la cama, desnudo. Mantengo los ojos cerrados; debería estar sedado, pero prefiero el insomnio a las drogas. Se acerca hasta mí y yo la reconozco por el sonido casi imperceptible de sus movimientos. Pienso si no sería mejor dejar de hacerme el dormido, pero ya es tarde. Septiembre respira junto a mí. Siento cómo su mano me roza. Me está cubriendo con la sábana. Sacude mi hombro.

«Rama».

Simulo salir de un sueño muy espeso. Entreabro los ojos: lo más importante de mi cuerpo está tapado por la sábana. Parpadeo mucho, tanteo la cama de forma innecesaria. Septiembre tiene puesto un camisón de verano, está despeinada y triste.

«Teo se está muriendo».

Dejo de fingir.

Hace mucho tiempo que espero esa frase. Cuando Teo era chico y yo tenía miedo de cualquier accidente en la cuna o en el tobogán; cuando yo estaba en flotación y creía que jamás lo volvería a ver; cuando me quemaron y pude ver desde mi cuerpo gordo que Teo era la momia aún viva de mi hijo. Pero no esperaba la frase hoy; quizás esperaba no escucharla nunca.

Camino hasta el cuarto de mi hijo. Debería correr, pero no me animo a llegar más rápido. Tengo miedo hasta de cruzar la puerta y mirar hacia donde está la cama. Cruzo la puerta y miro hacia la cama. Gales espera al costado, inerte, sintiéndose inútil como yo me sentí cuando papá murió. Teo mira al techo; ya no puede hablar. Respira fuerte.

Lo veo, pero no lo acepto. Entiendo que su cuerpo va a dejar de funcionar, y luego va a cesar la actividad cerebral. No entiendo que

con ello se va a desintegrar todo lo que identifico como mi hijo menor. La culpa es de internet, del estado de flotación, de los cuerpos quemados; todo lo que yo represento. Crecí cuando todos los viejos se morían; cuando estaba por morir, me convencieron de que podía no hacerlo; cuando regresé a la vida me regresaron la juventud. Ahora me resulta imposible aceptar que alguien pueda desaparecer y que esa persona sea mi hijo.

Septiembre llora. Gales la reta: «Es la decisión de Teo», pero él parece más muerto que su propio padre. Sus hijos van a ser afortunados porque no van a tener que pasar por esta situación; supongo que por eso no los despiertan para despedirse de su abuelo.

Me acerco hasta donde Teo pueda verme. Le doy la mano, pero no es la mano que lo sostuvo cuando tenía el tamaño de un cuy recién salido del vientre de su madre. Mi cuerpo no alcanza; ni este ni ningún otro. El único que me serviría ahora es mi cuerpo original, fallado y con el corazón roto, pero con el rostro indicado y la voz precisa y los ojos justos. Teo levanta la mano y la apoyo en mis cachetes. Me mira serio; no, me mira preocupado.

«No tengo sueño, pa-pá».

10.2

Esparzo las cenizas desde los escalones frente a la puerta de nuestra casa. Gales está sentado donde siempre lo hacía Teo. Septiembre sostiene la computadora portátil donde llora Vera. Los chicos se estiran incómodos los cuellos de las remeras. No entienden muy bien quién es abuelo, quién tío, quién bisabuelo; las viejas etiquetas les deben parecer espesas e imprecisas. Son la última generación; en adelante no habrá generaciones sino multiplicaciones, hacia arriba y hacia abajo, hacia una nueva estructura lateral. Hacia arriba y hacia abajo van también las cenizas de Teo, arrastradas por el viento que trae el final de la primavera.

Vera pide que dejen la computadora en los escalones, sola, un rato más. Cuzco barre lo poco de ceniza que el viento hizo entrar y la guarda en un frasquito.

10.3

Gales me prestó una camisa gris para el funeral. Aún no se la devolví. Me examino en el reflejo de la ventana del colectivo: me queda bien y siento que es adecuada.

Me bajo en el barrio donde viví de chico, donde fui al colegio y donde salí con mi exnovia pelirroja de manos delicadas. El barrio se negó a renovarse y envejeció de un siglo para el otro. Dentro de algunos años, su obsolescencia estará de moda y todos los ricos querrán adquirir propiedades e inaugurar bares temáticos. Hasta entonces, solo será un barrio con olor a pis de gato y las baldosas sueltas.

La dirección que tengo anotada me resulta fácil de encontrar. Toco timbre dos veces. Mientras espero apoyo el maletín en el piso y me limpio de la suela un fruto dorado que pisé en la vereda.

Bragueta me abre la puerta, limpiándose las manos con un trapo. El resto del cuerpo, incluso la cicatriz tuerta de la cara, está manchado de aceite. Me pregunta qué quiero. Levanto el maletín.

«Soy abogado. Mi cliente murió y vengo a traerle la herencia que le corresponde a usted, según indica el testamento y la ley vigente al día de la fecha».

«¿Pero sabe quién soy?».

«Usted es Zambrano».

«Hace muchos años que no me llamaban así».

Duda; yo agito el maletín. Me hace pasar a un garaje donde un auto antiguo tiene todas las tripas al aire; más allá está el comedor, separado apenas por una puerta corrediza rota. Me siento en una de las sillas sin esperar el ofrecimiento.

«¿Hace mucho que vive acá?».

Bragueta levanta los hombros.

«Está todo en el Koseki. ¿Le permitieron ver mi registro o no?».

«Solo estaba tratando de ser cortés».

Lo miro a los ojos mientras juego con la traba del maletín. Bragueta baja la mirada primero.

«¿Quiere un café?».

«Preferiría un té».

«Solo tengo común».

Mi cuerpo de millonario le debe haber generado la culpa del pobre. Pongo cara de asco a propósito.

«Y bueno, si no tiene otra cosa».

Mientras hierva el agua Bragueta se lava las manos bajo el grifo de la canilla; puedo escuchar que las frota con fuerza y jabón. Cuando vuelve al comedor con la tetera noto que, salvo las manos, continúa con el resto del cuerpo manchado.

«¿Quién era su cliente?».

«Ramiro Olivaires. ¿Tiene azúcar?».

En el reflejo de un monitor veo a un tuerto mugroso y a un africano pulcro que comparten una taza de té; no somos nosotros. El agua me pela la lengua y no digo nada.

«Así que Rama se murió. Dios, cuánto tiempo pasó. Quién hubiera dicho que se acordaba de mí. ¿Estaba en flotación, en un cuerpo nuevo...?».

«Nos consta que usted conoce bien el estado de mi cliente», le digo mientras le doy unos golpecitos al maletín; «de hecho es una condición para poder certificar la relación y recibir la herencia. Es la primera herencia que recibe, ¿no?».

«Pero yo no sabía nada de él», balbucea Bragueta, «casi nada».

«Hay una nueva ley de herencias, y si usted no colabora...».

«Sabía que lo habían quemado en otro cuerpo, pero nunca supe quién».

«Ah».

«Nadie sabía en qué cuerpo, juro que intenté encontrarlo».

«¿Y por qué no lo buscó antes, cuando estaba en flotación?».

«No podía hacerlo».

«¿Por qué?».

Se aplasta el pelo con la mano, rumiando una respuesta que no encuentra.

«Entienda, Zambrano, que si usted quiere la herencia debe contestar; de lo contrario, voy a tener que proceder a donarla a una institución de bien público, como reglamenta la ley vigente».

«Había cosas pendientes entre nosotros... no era fácil... de cuando estaba vivo».

«¿Qué pasó entonces?».

Bragueta se encorva hacia mí, su cara cada vez más tuerta.

«Rama estaba esperando una donación... era su última posibilidad... yo me interpose y la conseguí antes... aunque podía esperar un poco más... era mi amigo... yo tenía miedo... la necesitaba... él se murió...».

Las palmas blancas me transpiran, la camisa gris se pegotea. Trago saliva más viscosa que lo habitual. Levanto el maletín y me pongo de pie. «Eso no es suficiente», creo que le digo, y camino hacia la puerta.

Cuando llego frente al auto Bragueta intenta manotearme el maletín. A diferencia de nuestro encuentro en Gorila, esta vez mi mente es más rápida y mi cuerpo más flexible. Le reviento el maletín entre las costillas y lo agarro del cogote.

«Me cagaste, Bragueta hijo de puta».

Del maletín abierto caen al suelo todas mis impresiones de los artículos de la wikipedia. Bragueta se sacude y pisa las hojas, que se manchan de aceite. Aprieto hasta que dejan de resbalarme los dedos en la carne transpirada. Lo suelto. Se desploma contra la pared y se desliza al suelo, boquea y tose. Le arrojo el maletín vacío. Bragueta se protege con las manos recién lavadas, pero no me mira.

10.4

Más brotes de coraje en mi familia. Después de la muerte de su padre, Gales le confesó a Septiembre la verdad. Yo no estaba cuando lo hizo.

En el patio ya está oscuro pero no se enciende la luz; la computadora del estudio debe estar inusualmente apagada. La noche es húmeda. Un mosquito me soba el torso desnudo; me mantengo quieto. Septiembre se acerca a mí con los brazos cruzados.

«¿Vos sabías?».

Le digo que sí. Pienso que me va a dar una cachetada.

«Tenés que elegir: él o yo».

«Gales es mi nieto».

«¿Esa es tu elección?»

Le digo que no. Me dice que lo piense y se va del patio sin descruzar los brazos.

El mosquito me pica.

10.5

La camisa gris está manchada de aceite, así que me pongo una musculosa. Tiene el mismo color que los ojos de Azafrán. Cuando llego a su casa, está sentada en la entrada, lista para reprocharme.

«Fue mi cumpleaños y no me trajiste regalo».

Desde donde estoy parado casi puedo olerle el pelo.

«Es que estoy ahorrando para pagarte una operación que te vuelva asiática».

Le ofrezco la mano para levantarla. Ella se agarra de mi brazo.

Entramos a la casa. El árbol genealógico ya no es un árbol, sino una red, y tiene nuevas inscripciones que brillan diferente que las demás: ahí estoy yo, con mis varios cuerpos, al lado de su abuela.

La llevo hacia su cuarto: me lo imaginaba negro y es todo rosa. Azafrán me la chupa. Yo se la chupo a ella; tiene el mismo gusto a raíz que Adela. Pongo sus piernas en mis hombros, así la emboco mejor. Le lamo los pies y la pulsera en el tobillo, que con las embestidas suena como una canción de Navidad anticipada. Azafrán aprieta y estira los dedos de los pies hasta acabar. Le doy besos en el cuello hasta que se duerme.

10.6

Sueño que Bragueta me arranca el corazón con sus manos enjabonadas y lo guarda en su heladerita portátil. Adentro está también el corazón de Adela, pero no late como el mío.

Me levanto, me visto y me tomo el colectivo. Lo primero que hago al bajarme es pasar por mi antigua casa de la infancia. Las luces están apagadas, las plantas están bien cuidadas. Algún otro que vive y duerme, con el cuerpo de algún otro que vivió y murió. No me demoro más. Camino de memoria hasta lo de Bragueta y toco timbre. Nadie responde; debe estar trabajando en Gorila.

Apoyo la cabeza pesada entre mis rodillas y dormito. Incluso en verano hace frío cuando amanece y el sol se demora en salir. Estos cuerpos son como frutas maduras, pero aún falta que la piel sea inmune a la temperatura del ambiente; también a los sentimientos.

Cuando Bragueta me descubre frena de inmediato; debo parecerle un perro rabioso. Le digo que no tenga miedo y lo invito a desayunar.

11.1

Uno de los chicos mató a golpes al otro.

No estaban peleados. Ni siquiera estaban enojados. Lo hicieron porque creyeron que era lo mejor. «Para visitar al abuelo», dijo Flúo, cubierto de sangre; atrás, el cuerpo de Corona esperaba a la policía. Intenté explicarle que Teo no estaba en flotación, ni tampoco lo habían quemado en otro cuerpo ni nada de lo que pudiera imaginarse. «Seguro que se está escondiendo», me respondió. Cuando me convencí de que era inútil lo mandé a lavarse las manos.

La policía hizo llenar a Gales los formularios habituales. Antes de retirarse con el cuerpo, uno de los oficiales retó a Septiembre: «Y que sea la última vez que pase».

A las dos horas están hablando nuevamente entre ellos: uno en su cuerpo y el otro en la red. «Me dolió un poco», admite Corona, «pero estar en flotación es genial». Flúo maldice: «¡Yo había cantado pri, guacho!». Gales y Septiembre los obligan a callarse, y durante una larga charla les repiten que matarse está prohibido bajo cualquier circunstancia. Los chicos dicen «Sííí» a coro. Acuerdan, para su decepción, que el regalo de Navidad de ambos sea un nuevo cuerpo para Corona.

11.2

Azafrán quiere presentarme a sus padres.

Las Fiestas le parecen una oportunidad óptima.

¿Tendrá su padre la cara de mi esposa? ¿Habrá cambiado su cuerpo y ya no quedará nada de Adela en él? Él me podría contar más, pero ya no quiero saber; lo que querría es verla, tocarla y todo lo que no se puede hacer con los muertos.

Azafrán fuma desnuda en su cama. Nunca fuimos a la mía; me da un poco de vergüenza llevarla a lo de Septiembre. El humo me hace toser y su pila de ropa huele a vómito de bebé. Lo cierto es que ya me estoy cansando un poco de ella. Quizás sea demasiado chica para mí. Ahora se está dejando el pelo más largo y no puedo verle el cuello.

11.3

La Navidad se sigue festejando, pero ahora representa el nuevo ciclo cotidiano: como estamos en flotación, nos quemamos y luego entramos en flotación de nuevo. Para los más conservadores, en cambio, Jesús representa la liberación del espíritu sobre la prisión de la máquina. Al final todos están contentos. Yo también quiero estar contento.

Cuando anochece me voy hasta lo de Bragueta. Tiene puesta una camisa de manga corta y está solo. Ya empiezan a tirar los primeros fuegos artificiales, por más que aún faltan varias horas para la medianoche.

«Feliz Nochebuena».

En todas estas noches que lo visité hablamos mientras él terminaba de modernizar el auto, pero aún me tiene miedo y no siempre sabe cómo responder. Intento parecer natural. No olvido lo que me hizo hace casi un siglo; pero antes era un buen amigo y eso tampoco me lo olvido. Espero equilibrar los tantos durante la cena.

Me pregunta si traje regalo de Navidad; le digo que su regalo fue la mochila con la batería inalámbrica. Evade la respuesta yendo hasta la cocina a buscar los platos. La cena está bien, pero no tengo hambre todavía. El corcho de la sidra golpea el auto. Nos reímos.

En la copa le pongo una dosis del sedante que me dieron al salir de flotación.

Se duerme con la cabeza encima del vitel toné. Primero lo limpio con la servilleta; después lo llevo a upa hasta la cama, donde lo ato. Mientras espero, reviso toda la casa. Nada es lo suficientemente viejo como para significarme algo. Encuentro mercadería que no debe haber logrado vender: galletitas de nutrición mensual, cámaras digitales sumergibles, mapas del subte de hace veinte años, libros de poesía dentro de una cacerola de aluminio, pistolas para etiquetar objetos a la red. Junto al auto encuentro la heladerita portátil, vacía y con olor a carne picada. En la heladera de la cocina hay más órganos regenerados de baja calidad que comida para Bragueta. Pongo el agua a hervir.

Lo despierto con cubitos de hielo que saqué del congelador.

«Por Navidad voy a cenar tu corazón».

«Otra vez no», ruega.

Pienso que los caníbales valoraban al ser humano más que nosotros; no solo se nutrían de un alma nueva, sino que además aprovechaban la comida fresca. Vuelvo a la cocina y enchufo un cuchillo hasta que la potencia llega al máximo.

«No, por favor, no. Te pido perdón, de verdad».

«Vos te robaste mi corazón y ahora yo me voy a llevar el tuyo».

Para la nueva generación, abandonar la carne y meterse en la pileta de la red es un panorama favorable; solo las almas débiles no soportan la ausencia de cuerpo por mucho tiempo. Pero para mí fue una bronca que todavía me mastica.

«¿Sabés todo lo que perdí por tu culpa? Mi esposa se fue con otro tipo. Mis hijos crecieron sin mí. Estuve preso y hambriento y jamás apareciste. Creo que deberías probarlo. ¿Escuchás cómo silba el agua? Te voy a hervir hasta los huesos».

Bragueta me ruega entre lagrimones: «Prometo ser un buen amigo, te lo juro».

Le meto un pedazo de camisa en la boca para que no grite demasiado. Al final, no me animo y solo le secciono un brazo. Le

hago un torniquete antes de ir al baño. Vomito en la bañera y después limpio mi boca con lo último que queda de papel higiénico. Meto el brazo en el inodoro y aprieto el botón; lo veo dar vueltas alrededor de la taza.

Vuelvo al cuarto y reaseguro el torniquete. «Si te portás bien te llevo al hospital». Quito el bollo que tiene metido en la boca. Grita pero no demasiado. «Dale, puto, llevame», me dice. Le pregunto dónde están las llaves del auto. Bragueta transpira y sangra por partes iguales. «Hace cuánto que no manejas», pregunta. «Desde que me cagaste».

Abro la puerta del garaje. El auto se acelera y frena, pero logro terminar las convulsiones y activo la conducción semiautomática hasta el hospital. «No manches el auto, que está recién arreglado», le digo. Bragueta cabecea y murmura incoherencias. Cuando le preguntan qué le ocurrió, repite una y otra vez que fue jugando al fútbol. Los médicos no le creen, pero están demasiado ocupados con los heridos con olor a pólvora, ojos reventados y manos incendiadas. Espero en la guardia hasta que avisan que Bragueta me pide disculpas pero solo quiere dormir.

11.4

Me apuro para llegar a casa antes de que mi familia se vaya a acostar. Cuzco está con su familia. Gales y Flúo juegan en la red con Vera y Corona. Septiembre me pregunta si ya comí. Hay olor a carne dulce y todo está limpio. Le digo desde el comedor si no me acompaña al patio a ver los fuegos artificiales.

El pacto homicida entre los hermanos volvió a juntar a Gales y a Septiembre. Lo que no pudo el amor lo pudo la muerte. Ella no sabe que él la engaña con su socio, pero yo voy a actuar según el criterio silencioso de Cuzco. Septiembre aceptó la sexualidad de mi nieto y Gales va a pasar a un cuerpo de mujer mediante una intervención asistida. También buscan un cuerpo que esté en condiciones de

lactancia, porque a Corona lo van a quemar en un cuerpo de bebé para que viva más y, de algún modo, mitigar el coste financiero. Yo voy a ayudarlos a pagar la deuda; al fin y al cabo, gasto muy poco de lo que gano con Moisés. Quizás consigamos una promoción por ambas intervenciones. De todos los cuerpos en el mercado, el más caro es el de una mujer joven. Cuanto más progresan los anticonceptivos, más se valora a las mujeres.

12.1

Tanto renegar para conseguir un trabajo y me pongo contento cuando tengo un par de días de vacaciones. Me paso la mano por el cuello de la camisa, estiro los músculos, hago sonar las articulaciones. Transpiro. Me resulta agradable caminar por el centro resplandeciente, con su zoológico abierto y sus edificios de pasadizos elevados: nuevos para todos y no solo para mí. Mientras apagaba mis equipos, Moisés me felicitó a su manera: «Soy un jefe afortunado por tener a mi servicio a un negro como vos».

Me encuentro en mi restaurante favorito con una chica muy bonita; me siento orgulloso de que sea mi nieto. Varones y mujeres se giran para mirarlo, quizás evaluando el precio de la intervención. En las redes sociales fingimos que Gales es mi novia, así Azafrán no me persigue más. Aún la quiero, pero es demasiado joven para mí. ¿En qué momento me pareció buena idea salir con alguien menor de cincuenta años? Le falta vivir un centenar de años más; quizás pasar por uno o dos cuerpos, en lo posible menos agraciados. La fealdad amansa, le estoy por decir a Gales, cuando siento que el cerebro se me pega al cráneo. A unos pasos de distancia, un hombre idéntico a mí está entrando al baño. Me quedo boqueando mientras la carne vítrea sube por mi garganta. Mi nieto saca del bolsillo la batería de emergencia, pero le indico que no con la mano. De a poco siento que todos los órganos vuelven a su lugar. Las cuerdas vocales se desanudan. Le pido disculpas y me levanto para ir al baño.

Al abrir la puerta no encuentro a nadie. Me miro al espejo: la carne del ojo está amarilla oscura. Frente a los urinarios hay un balde de limpieza. Miro dentro de los cubículos. Solo uno tiene la puerta cerrada. Golpeo. «Ahora lo dejo, señor», dice alguien desde adentro. Quien abre la puerta es mi reflejo, aunque torcido como solo pueden serlo los hermanos; igual en todo, salvo en la nariz y en

el mameluco verde que lleva puesto. Me mira, inmóvil, con una bolsa de basura en la mano.

Para cuando me doy cuenta estoy en el suelo. La bolsa en mi cabeza no me deja respirar; quiero liberarme pero no puedo, no me alcanzan las fuerzas, mi traje se moja con algo que no sé si es agua, pis o detergente.

12.2

Soy un caballo amarillo; o quizás rojo.

Mis ojos miran hacia ambos lados. El horizonte es extenso y plano. Puedo ver mi comida; veo lo que necesito y, lo que no, lo huelo, lo oigo o lo siento. Pisadas, ruedas, silbatos, voces y tormentas.

Cuzco me da pastura, me acaricia las crines; él es el único que me puede montar. Lo veo llegar a lo lejos y me siento feliz. Como cuando estoy en pausa, con mis cuatro cascos suspendidos en el aire. Pie izquierdo, mano izquierda y pie derecho, mano derecha, suspensión.

Moisés niega su culpa: «Si hubiera sabido de dónde provenía el cuerpo lo habría denunciado». Moisés quiere que yo me ofrezca como voluntario para un experimento. Podría ser una solución para todos aquellos que sienten miembros fantasmas que jamás tuvieron, dice. «Quizás haya personas que siempre debieron ser pulpos; quizás cada uno tenga inscripto en sus genes el verdadero animal que uno debería ser, y el humano es una opción más entre tantas otras». Moisés quiere que sea su caballo troyano. Me gusta. La existencia es demasiado larga para mantener siempre el mismo trabajo. Pie izquierdo, mano izquierda; pie derecho, mano derecha.

Una yegua en celo: nos resoplamos mutuamente. Me gusta el olor a excremento y orina. También me masturbo, frotando la verga contra mi estómago. En cambio, aborrezco el olor a osamenta. Debo

parar en seco: donde hay muerte, hay depredadores. Pie izquierdo, mano izquierda, mano derecha, pie derecho, suspensión.

Mi nieto se acerca a visitarme; ahora, además, es mi veterinaria. Cada tanto mueve la cabeza hacia los costados; debe ser agradable tener una esposa hembra y un amante varón. Septiembre me cuenta que Vera viene a tomar el cuerpo de una de mis potrillas. Así también soy feliz. Calor del sol; suspensión.

Vera me llama «papá». Gales me llama «abuelo». Septiembre me llama «Ramiro». Los chicos me llaman «Rama». Cuzco continúa llamándome «señor». Puedo oler cómo se disuelve mi ego. Los demás caballos no tienen un nombre para mí. El último miembro fantasma desaparece.

NOTAS

[1] Por ejemplo, Elizabeth Blackburn, Carol Greider o Jack Shostak, nobeles premiados en el año 2009 por el descubrimiento del papel de la telomerasa en la longevidad.

[2] Como Ray Kurzweil, Aubrey de Grey o Nick Bostrom.

[3] Quinientos años más vieja que los primeros relatos acerca de Gilgamesh, la arcaica *Liturgia de Nintud sobre la creación de hombre y mujer* ponía ya a los Annunaki como señores del inframundo, que soportaba el templo de Kesh y lo elevaba hasta hacerlo la Luna. Y así desde entonces.

[4] En *La última pregunta* (1956) la fusión Hombre-Máquina (así, con mayúsculas) alcanza escalas de epopeya.

[5] En ella, el radioastrónomo John Martels es desplazado veinticinco milenios al futuro, donde descubre que su mente es inquilina precaria de una caja metálica que alberga a la poderosa mente del Inmortal Qvant. Las identidades de Martels, Qvant y el nativo Tlam terminan disputando el cuerpo de este último: «El hombre de mente triple se levantó y avanzó como un sonámbulo, hacia el sur una vez más». Bien narrado —la textura es la de un relato de Poe, con ratos de Dunsany—, con una metafísica compleja y argumentos cognitivos brillantes para su época, son setenta de las páginas que más han influido en mi propia literatura.

[6] A Descartes el Yo le pareció la primera de las certezas: lo menos ilusorio (de entre lo ilusorio del mundo). La esencia de ese Yo es la libertad, el arbitrio sobre «su» cuerpo. Y, sin embargo, esa

misma certeza de Descartes es una de las más desprestigiadas por la neurociencia y la cibernética. Actualmente, ya sabemos por qué y cuánto se equivocó Descartes. Y aunque todavía no sabemos con precisión suficiente qué es el Yo, cómo es el Yo, cuándo es el Yo, ni menos dónde queda el Yo, no estamos tan desarmados como el buen René.

[7] El Dios de las Brechas se encoge, en una vuelta de torta del *tzimtzum* cabalista. Dios remueve su luz, la retira por etapas, a medida que aumenta la capacidad de recepción de los creados.

[8] Es imposible resumir aquí una veintena de libros clave de Roger Penrose, Christof Koch, Susan Blackmore («la conciencia está allí solo cuando la miras»), David Chalmers, António Damásio, David Eagleman o Giulio Tononi («la identidad entre propiedades fenomenológicas de la experiencia y propiedades causales de sistemas físicos»).

[9] Cabe resaltar, además, que forma parte del megatexto fílmico de la ciencia ficción en películas como *Total Recall*, *Bourne's Identity* o *Blade Runner*.

[10] *Taumatse*, «asombro» en griego clásico. Para los presocráticos y hasta Platón, el asombro es la disposición primera del conocimiento en tanto lo antecede y también lo posibilita.